

La función comunicativa del silencio dentro del ritual católico.

Jenny Elisabeth Aguilar Infante
Trabajo de grado para optar por el título de Comunicadora social
Énfasis Editorial

Director
Sergio Roncallo Dow
Pontificia Universidad Javeriana
Facultad de Comunicación y Lenguaje
Carrera de Comunicación Social
Bogotá
2012

Gracias a Tosh, mi mamá y mi amiga, por las largas horas de compañía y por el ánimo.
Gracias a Sergio, mi asesor, por siempre confiar en mí.

Porque siempre será pertinente dejarse guiar por la curiosidad.

TABLA DE CONTENIDO

I. Introducción.....	10
II. Capítulo 1.....	13
A. Introducción.....	13
B. La Escuela de Palo Alto y la Pragmática.....	14
C. Wittgenstein: Juegos del lenguaje y significado como uso.....	19
D. Las Reglas	24
E. El recorrido para dilucidar la función comunicativa del silencio.....	26
III. Capítulo 2	29
A. Introducción.....	29
B. Experiencia mística y Religión	29
C. La palabra y el silencio.....	34
D. Ritual y silencio.....	39
IV. Capítulo 3	46
A. Introducción	46
B. Ritual católico y fundamentos católicos.....	46
C. La Iglesia y el silencio.....	50
D. La misa y el silencio.....	54
E. Estructura de la misa con las funciones de sus silencios.....	56
V. Conclusiones	73
VI. Bibliografía	77

I. INTRODUCCIÓN

En el mundo entero habita el silencio. Los seres vivos se maravillan con la sinfonía de expresiones sonoras que puede dar el planeta en un solo segundo, más siempre todo parte del silencio, de la nada que permite apreciar y contemplar el sonido.

El ser humano tiende a dar cuenta de su realidad con las palabras y comparte una infinidad de temas con sus semejantes, pero en esa realidad humana también reside lo inexplicable, aquello de lo que no se puede dar cuenta porque el lenguaje deja de ser suficiente para explicar.

Parte de lo inexplicable para la humanidad radica en el plano de la espiritualidad. Millones de personas divididas en culturas totalmente ajenas y diferentes siempre han encontrado la misma inquietud ante el universo: debe existir algo más grande y poderoso que nos guíe y nos proteja en este mundo alegre y desolador. Nace así, esa necesidad de establecer una relación espiritual con un ente mayor al humano que le permita aferrarse a una fuerza superior que ayude al humano a enfrentarse con el rigor que trae la mera existencia sobre la faz de la tierra.

En medio de esa relación espiritual con el más allá, totalmente desconocido, el ser humano trata de controlar lo que no conoce y establece las religiones como forma de organizarse frente al mundo desconocido de lo divino y sobrenatural. Entonces establece reglas de comunicación con el plano trascendente y se llena de costumbres para significar religiosamente el mundo y poder sobrellevar la vida.

Es en esta dependencia con lo mágico y lo místico que se establece con el plano espiritual, que el silencio halla su mejor espacio de significación. Más allá de ser solo vacío, el silencio se carga de sacralidad, toma parte de lo divino y conecta al ser humano con lo que no conoce, con lo que no se puede explicar con palabras.

Y es que el silencio es lo pertinente ante las cosas de las que no se puede hablar. Dios está lleno de misterios y de maneras sutiles de expresarse. Esa es su forma de actuar en el catolicismo, no directamente sino mediante causas secundarias. Entonces suponemos que el silencio es su mejor aliado. Debe ser el compañero de Dios, porque hay algo analógico en el silencio, como si el silencio tuviera dentro de sí parte de esa solemnidad silenciosa con la que opera la divinidad.

El creyente católico aborda sus creencias con solemnidad. Guarda la firme convicción de que al llegar a la iglesia tendrá una comunión más cercana con Dios. Y es la iglesia entendida como el grupo

de católicos que conforman el cuerpo de Cristo en la tierra la que sustenta y magnifica la relación espiritual con Dios y los fieles católicos, pues este es un Dios que prefiere obrar en grupos reunidos en su honor.

Dentro de la iglesia el silencio poderoso, místico y casi absorbente se apodera de los creyentes. El silencio se comparte, se vivencia, se vuelve parte del mundo católico lleno de simbolismos y de silencios que potencian el encuentro con Dios.

Esta tesis es un recorrido por la forma de vida del creyente católico que experimenta el silencio de diversas formas dentro del ritual católico de la misa. Porque el silencio, en un espectro lleno de símbolos y de conexiones sobrenaturales puede significar diversas formas de conexión entre el ser humano y Dios.

En un principio, el lector se encontrará con las bases teóricas que usa esta tesis para sustentarse. Así, el primer capítulo estará guiado por un lado, por la Escuela de Palo Alto, que establece la relación entre la comunicación y la conducta humana, estableciendo entonces que todo es comunicación porque todo acto comunica.

Con Palo Alto se establecerán sus axiomas y sus relaciones y empezaremos a visualizar al silencio dentro del marco comunicativo. Por otro lado, en el primer capítulo estará Wittgenstein, filósofo que explora los juegos del lenguaje y el significado dado por el uso que se tiene dentro de cada uno de estos juegos. A partir de esto se establecerá cómo el ritual católico al ser un juego del lenguaje permite entender de una manera determinada al silencio. Finalmente, en esta parte de la tesis, las dos teorías convergirán demostrando cómo ambas hablan prácticamente en los mismos términos y cómo se soportan mutuamente para solidificar esta comprensión del silencio dentro del ritual católico.

Con estas teorías el silencio pasa de ser la mera ausencia del sonido para convertirse en un complejo elemento que se engrana e interrelaciona con los demás elementos que componen al juego del lenguaje y su significación va a depender de esas relaciones establecidas y de la forma en que devienen su uso dentro del juego.

Con la claridad teórica establecida, en el segundo capítulo se abarcará la noción de juego del lenguaje religioso, pasando por la experiencia mística del creyente que lo sitúa dentro de una forma de vida que consagra su universo y su relación con el mundo de una manera religiosa y emotiva, haciéndolo el jugador por excelencia de este juego del lenguaje. Dentro del segundo capítulo hay una pausa que el lector debe entender que me resulta necesario hacer para clarificar la naturaleza del

silencio, desde las relaciones más primarias del silencio con la palabra y su evolución con el ser humano. Este punto me es obligatorio para esta tesis, pues posteriores lectores necesitarán de este contexto que parece básico, pero que resulta primordial, para poder desde allí captar las primeras funciones comunicativas del silencio dentro del lenguaje humano y cómo estas permean inevitablemente el juego del lenguaje religioso, y podría sospecharse que todos los posibles juegos del lenguaje, porque le concierne a la naturaleza misma del silencio y su apropiación de lo humano y por lo humano. Luego de este recorrido por la naturaleza del silencio, el segundo capítulo retomará el juego del lenguaje religioso y nos aproximaremos a la palabra sagrada, que deviene silencio sagrado, a la conmemoración mediante el ritual y finalmente a la evolución de este en costumbre que interviene directamente todo lo social.

En esta parte de la tesis, el silencio tendrá la fuerza que demuestra que dentro del contexto específico, juego del lenguaje religioso, hablamos de tipos de silencio y cómo esta relación que el creyente establece con la religión configura todo el mundo, incluido ese silencio, que se magnifica con las estructuras de las cuales dota el ritual al silencio.

Finalmente en el tercer capítulo, se hará una detallada aproximación al catolicismo, para entender su forma de regulación para poder establecer su constitución como juego del lenguaje. Se atravesarán los fundamentos católicos y así se podrá entender la esencia del ritual católico, de los sacramentos y de la misa. A partir de esto, se establecerá una relación entre la iglesia como lugar sacro y el silencio, que está delimitado por la conducta y la costumbre que el catolicismo como juego del lenguaje ha determinado para sus practicantes o creyentes. Así, ya se van dilucidando cada vez con mayor claridad las diferentes funciones comunicativas del silencio, pues a partir de esto alcanzamos a establecer algunas. El punto cumbre del tercer capítulo y esencialmente de esta tesis, es cuando se relaciona la misa y el silencio. La misa católica es el máximo ritual del catolicismo y por ello atraviesa cualquier consagración de este juego religioso. En esta parte final, se explicará paso por paso el ritual de la misa y las reglas que se deben seguir en cada momento y en cada micro juego del lenguaje que constituyen estos momentos o tiempos específicos y, se hará especial énfasis en cómo cada momento vive de diferente manera el uso y el significado del silencio.

Es así, como punto por punto se develarán las distintas funciones comunicativas del silencio dentro del ritual católico, evidenciando cómo la relación de todos los elementos son las que constituyen el significado y diferencian esa concepción de silencio de otras posibles interpretaciones fuera del catolicismo y de sus rituales. Queda abierta la invitación para dar un agradable paseo por todo el universo del silencio católico y para entender por qué cuando el lenguaje no es suficiente, lo preciso es callar y dejar operar al silencio.

II. CAPÍTULO 1

A. Introducción

Una pausa. Sin palabra, sin ruido, sin sonido. Silencio. La palabra calla y se detiene. El silencio impera ante la vida y permite que el mundo pasivo y mudo cobre una fuerza que no puede comprenderse cuando las voces externas obstruyen la contemplación de lo que se halla oculto.

El silencio actúa con paciencia y sigilo. Para el curioso despistado puede ser fácil perderse en la ausencia creyendo estar dentro del silencio. Pero el silencio debe ser abordado con unas precauciones analíticas que permitan su correcta interpretación. Es por ello, que en ésta primera parte introductoria del tema, centraré la atención en las bases teóricas que posibilitaran la investigación de la función significativa del silencio en el ritual católico.

El silencio es un evento que se torna como natural y necesario en la comunicación humana. El silencio es espacio entre palabras, expresiones corporales, intentos fallidos de pronunciar algo, pero el silencio se convierte en una gran nada, en un vacío que modula la transmisión de mensajes y la respuesta a éstos. El silencio, hace parte de cada ritual que el ser humano emprende, es el aire que materializa la importancia de los actos que se sacralizan. El silencio es la luz que permite alumbrar con su ausencia el valor simbólico de cada acto, palabra, gesto y sonido.

El ritual católico es un texto que se puede taxonomizar, descomponiendo sus partes y leyendo cada una de las posibles relaciones que se desprendan de cada una de éstas. Cada acto implica una significación nueva, un valor religioso a un acto que de otra manera podría ser ordinario y carente de valor. Vale la pena pensar como una de las partes del ritual católico el silencio, el silencio articulando sin pretensión alguna el ritual, sin protagonismos, pero hay relaciones y consecuencias que se encuentran en él, que son capaces de explicar su función comunicativa dentro del ritual católico. Detrás de su modestia podremos encontrar su rol fundamental en medio de la sacralización de múltiples prácticas.

El ritual católico es una forma de abordar el silencio, enmarca el acto comunicativo -el silencio- y le permite protagonizar el momento sagrado desde su misma existencia. El ritual es un lienzo comunicativo que dota al ser humano de la posibilidad de comunicarse espiritualmente con sus creencias y potencializa la significación de los actos que dentro de él se encierran, pues estructuralmente, lo religioso está lleno de simbolismos y metalenguajes que permiten acceder a lo sagrado mediante los actos rituales.

La comunicación humana necesita al silencio para articularse, estructurarse y comprenderse. Silencio y palabra no son opuestas sino complementarias, se necesitan y soportan mutuamente para existir dentro de lo humano y aportar los matices de los que se dota y dotan la vida. El silencio es parte de lo vital así como la búsqueda humana acerca de lo espiritual, entonces para entender la relación de significación que ambos establecen concretamente al conectarse, es necesario partir de una postura teórica que ayude a captar y a configurar la red que se va construyendo.

B. La Escuela de Palo Alto y la Pragmática.

Para poder hilar las posibles funciones del silencio, es necesario empezar a inscribirnos con una determinada escuela de la comunicación. La comunicación, en general, se basa en la relación que establecen los seres para entenderse y así crear un vínculo entre la intención de transmitir algo y que éste algo sea entendido por el otro ser, creando una posible respuesta entre ambos. Las teorías comunicativas, centran su estudio en explicar o entender varios de los factores que componen ésta función entre los seres humanos o individuos de otras especies. La comunicación humana, específicamente, se compone de relaciones que se crean entre individuos que envían mensajes, quienes los reciben y deciden formas de transmitir dichos mensaje.

La pragmática, que comenzó formalmente su aplicación en Palo Alto, California, es una de las escuelas que ha estudiado la interacción de la comunicación en relación con la conducta humana. Así, la utilidad y practicidad de ésta escuela al tratar de encontrar la función comunicativa del silencio en el rito católico es crucial, puesto que parte de la premisa de que todo es comunicación, lo cual implica que todo acto comunica. Su enfoque, entonces se centra en los fenómenos de la comunicación humana, en las relaciones que de estos se puede derivar en la conducta. De allí proviene su apoyo y cimiento en la ciencia de la psicología, pues el estudio de la conducta humana constituye el interés primordial de ésta escuela que seguirá paso a paso los intentos de Palo Alto de dar explicación a las conductas humanas.

Para la pragmática, un evento que puede resultar inexplicable e incluso natural, como lo es el silencio, no pierde su relevancia en un texto comunicativo, que en éste caso es el ritual católico, pues su aprehensión de la comunicación humana se basa en la *función* que ésta pueda tener ante otros elementos.

Palo Alto cimienta su lectura del acto comunicativo, mediante algunos elementos que ayudan a explicar más consecuentemente su teoría frente a la comunicación. Se parte, entonces desde la *función* como elemento pariente de la “función matemática”, para entender que la percepción de cualquier evento que parte de la realidad, debe relacionarse con el movimiento –un punto *a* en

relación con un punto *b* para que puedan hallarse las variables que componen dicho evento y explicársele orgánicamente dentro de un conjunto de más funciones y relaciones.

Así, la esencia de nuestras percepciones no son «cosa» sino funciones y éstas, como vimos, no constituyen magnitudes aisladas sino «signos que representan una conexión... una infinidad de posiciones posibles de carácter similar...» Y si esto es cierto, entonces ya no debe sorprendernos que incluso la percepción que el hombre tiene de sí mismo sea, en esencia, una percepción de funciones, de relaciones en las que participa, por mucho que después pueda cosificar esa percepción. (Watzlawick, 1994, p. 29)

El silencio empieza a ser un elemento más en el sistema que compone el ritual católico y su valor en él, empezará a ser determinado por las relaciones y gradaciones que manifieste respecto a los demás elementos que compongan dicho ritual.

El concepto *información y retroalimentación* se hace necesario para distanciarse de la teoría psicoanalítica (psicodinámica) freudiana, y esto consiste en que para la teoría comunicativa, una información transmitida puede tener una respuesta que produce un acto que está cargado de otro tipo de información, sin que la información del principio *a* y la de la respuesta *b* tengan directamente que ver. La aparición de la cibernética, trae consigo la posibilidad de hablar de la retroalimentación, en donde la comunicación explicada linealmente ahora se vuelve circular, es decir, cualquiera de los elementos que la compone, puede volver al principio, ejerciendo la retroalimentación, que puede ser positiva o negativa:

En ambos casos, parte de la salida de un sistema vuelve a introducirse en el sistema como información acerca de dicha salida. La diferencia consiste en que, en el caso de la retroalimentación negativa, esa información se utiliza para disminuir la desviación de la salida con respecto a una norma establecida –de ahí que se utilice el adjetivo «negativa»- mientras que, en el caso de retroalimentación positiva, la misma información actúa como una medida para aumentar la desviación de la salida y resulta así positiva en relación con la tendencia ya existente hacia la inmovilidad o la desorganización. (Watzlawick, 1994, p.32)

El silencio, entonces puede entenderse en términos de información, así literalmente resulte paradójico, y puede estudiarse desde el sistema del ritual católico para explicar su retroalimentación positiva o negativa, dependiendo de cada caso que se estudie. La flexibilidad que esto permite, refuerza leer el silencio como un elemento que comunica, informa y retroalimenta, más allá de su simple apreciación como vacío.

La pragmática, como fenómeno de interacción, tiene otro factor que ayuda a entender la construcción de un sistema comunicativo y a leer sus partes. La configuración de elementos comunicativos que tienen una preponderancia repetitiva en un sistema comunicativo, pueden llegar a la *redundancia*, evento que permite desde lejos notar pequeñas variaciones y cadencias en la interacción comunicativa, incluso que a los agentes dueños de dicha comunicación pueda parecerles inconcebibles o que no lo logren comprender del todo. La repetición de conductas, momentos o

significaciones en un texto o sistema comunicativo, permiten identificar configuraciones de redundancias, que pueden ser una forma clave de entender y predecir el evento comunicativo y acercarse al rol funcional de cada una de éstas partes.

Para el ritual católico, resulta absolutamente útil encontrar dichas redundancias y sobre todo en el caso del silencio. La símil con el juego, hace parte de las formas de Palo Alto para explicar su teoría de la comunicación, pues si logramos entender las redundancias del juego, lograremos encontrar variables casi lógicas y predicciones acerca de eventos del juego. Así, aunque el ritual católico no puede considerarse un juego, si es posible hallar patrones de conducta en la interacción que tienen los individuos con él. Los silencios serán más perceptibles al encontrar las gradaciones que diferencian ciertos momentos de determinado tipo de silencio según la redundancia que se encuentre. Por ejemplo, hallaremos la diferencia de un silencio que signifique respeto, frente a uno que sólo signifique momento de reflexión, dependiendo de los actos redundantes que permitan establecer dicha aplicación en el texto. La utilidad de la redundancia en la teoría de la comunicación de Palo Alto, aparece como la posibilidad de sistematizar las funciones de los elementos que componen un texto comunicativo.

La posibilidad de pensar la comunicación desde la comunicación misma, entonces nos ofrece el concepto de *metacomunicación*, que después de determinar sus conceptos iniciales, está dispuesta a buscar en el sistema “redundancias pragmáticas” es decir, hallar patrones en las configuraciones de interacción comunicativa. El ritual católico, es esa comunicación abordada desde el estudio de la comunicación para adentrarse en su sistema pragmático y reconocer las redundancias que puede generar una significación del silencio. “Cuando dejamos de utilizar la comunicación para comunicarnos, y la usamos para comunicar algo acerca de la comunicación, cosa que es inevitable cuando investigamos sobre comunicación, utilizamos conceptualizaciones que no son parte de la comunicación, sino que se refieren a ella. (...) hablamos aquí de metacomunicación.” (Watzlawick, 1994, p.41)

Para ésta metacomunicación, el concepto de *cálculo* se hace preciso, en tanto que el análisis de dichas configuraciones de las interacciones y sus posibles redundancias, pertenecen a sistemas – humanos- tendientes al error o a la inexactitud, lo cual implica que hay que tener un orden en la forma de taxonomizar dicha información y entender como posible explicación de algunos eventos, la inexactitud o “carencia de significado”.

Lo que se sugiere aquí es que toda interacción puede definirse en términos de la analogía con el ajedrez, esto es, como consecuencias de «movimientos» estrictamente gobernados por reglas acerca de las que es correlevante que estén o no en el campo de conciencia de los comunicantes, pero con respecto a las cuales pueden hacerse aseveraciones metacomunicacionales significativas. (Watzlawick, 1994, p.43)

Así, el estudio del texto comunicativo que se encierra tras “la función comunicativa del silencio en el ritual católico” está bajo el pequeño cambio conceptual que ha introducido la escuela de Palo Alto a los términos anteriormente referidos. Ahora bien, después de tener éstos conceptos bien situados en su noción, es necesario remitirnos estrictamente a los axiomas de la teoría de la comunicación de Palo Alto.

Para empezar, es necesario partir de la base en la que se centra ésta escuela: la imposibilidad de no comunicar. Para efectos prácticos, se utiliza el término *mensaje* a cualquier unidad comunicacional singular y una serie de mensajes intercambiados serán denominados como *interacción* (Watzlawick, 1994, p.49). Con la posibilidad de que toda conducta se acepta como comunicación entonces ya la unidad de mensaje no es monofónica, sino que se transforma en “un conjunto fluido y multifacético de muchos modos de conducta –verbal, tonal, postural, contextual, etc.- todos los cuales limitan el significado de los otros.” (Watzlawick, 1994, 50)

“No hay nada que sea contrario a la conducta” desde ésta premisa, todo acto tiende a expresar un comportamiento que comunica algo. El ser humano no puede dejar de comunicar así no quiera hacerlo, lo que implique no comportamiento del ser humano por su propia voluntad, estaría comunicando una rebeldía del ser humano hacia la comunicación, lo cual, simplemente comunica eso mismo. “Actividad o inactividad, palabras o silencio, tienen siempre valor de mensaje: influyen sobre los demás, quienes, a su vez, no pueden dejar de responder a tales comunicaciones y, por ende, también comunican.”(Watzlawick, 1994, p.50)

Esto implica otro factor que da un orden a la comunicación, pues esta comunicación puede ser intencional o no, lo cual constituye otro tipo de análisis y de propiedad ante el acto, pero eso no deja de lado la premisa más importante de comunicar con o sin intención. El silencio está considerado de por sí como evento comunicativo para Palo Alto, por lo cual, es la teoría comunicativa más adecuada para estudiar éste fenómeno en el texto del ritual católico.

El segundo axioma para ésta teoría de la comunicación, es la división de la información que se transmite en dos partes fundamentales: lo conativo y lo referencial. “Toda comunicación tiene un aspecto de contenido y un aspecto relacional tales que el segundo clasifica al primero y es, por ende una metacomunicación.” (Watzlawick, 1994, p.56) Se considera entonces, que el contenido hace parte de lo *referencial*, y lo relacional hace parte de lo *conativo*; ahora bien, funcionalmente, lo referencial transmite los datos de la comunicación y lo conativo establece la forma en la que se entenderá dicha comunicación. (Watzlawick, 1994, p.55)

Para el estudio del silencio en un texto como el ritual católico, es imprescindible explorar la diferencia de la función referencial y la conativa respecto a los demás actos del ritual. Palo Alto plantea que el elemento silencio se encuentra en relación a los demás actos del ritual, así es posible hallar en diferentes momentos que la función referencial y la conativa cambia de acuerdo a las relaciones que se establezcan. El contexto de cómo el silencio sucede en cada parte del ritual, nos puede dar un acercamiento más detallado a cómo lo que se comunica en determinado momento del ritual, en otro momento simplemente es una forma de expresar otra cosa o de reinterpretar la comunicación. El ritual se entenderá como un sistema que incluso con sus mismos elementos puede metacomunicar diversas posibilidades de expresión en cada momento distinto. Como en las matemáticas, los mismos elementos sumados de diversas formas, aun con el mismo resultado, pueden producir diferentes sumas previas al resultado –en este caso relaciones-, que es lo que nos interesa en función principal del silencio.

El tercer axioma parte de la base matemática para explicar los factores que se pueden repetir en un evento comunicativo y así establecer una secuencia comunicativa que permita entender la interacción. “La naturaleza de una relación depende de la puntuación de las secuencias de comunicación entre los comunicantes.” (Watzlawick, 1994, p.60)

Es de éste modo, que el sistema del ritual podrá entenderse con más precisión para establecer gradaciones de relaciones que se establecen dentro del mismo. La secuencia de los sucesos dentro del evento comunicativo, es de suma importancia para entender el rol cambiante y predominante de cada elemento dentro del sistema.

El cuarto axioma, establece la diferenciación entre la posibilidad de comunicación tanto analógica, como digital. El modo *analógico* de la comunicación, implica que en la forma de expresar alguna cosa, hay algo en ese modo de expresión parecido a la cosa. Por ello, la comunicación analógica, se vale de apropiaciones que puedan expresar alguna característica del objeto que se mencionará tales como gestos, dibujos, moldes, etc. El modo *digital* de la comunicación se define como convención arbitraria, el más notable resulta ser el uso de la lengua para designar el mundo, pues las palabras en sí mismas no poseen en sus letras características de los objetos que designan, pero se ha establecido de tal forma, que para hablar de silencio sabemos a qué acto nos referimos, aunque su condición formal de acontecimiento no sea precisa. Los seres humanos para comunicarnos, utilizamos ambos modos; la comunicación analógica, básicamente resulta ser lo que no es comunicación verbal –digital-, pero la aparente relación de oposición, no implica que la una anule a la otra sino, muy por el contrario, el carácter simbiótico e interactivo entre éstas dos posibilidades de expresar la interacción.

(...)Los seres humanos se comunican tanto digital como analógicamente. El lenguaje digital cuenta con una sintaxis lógica sumamente compleja y poderosa pero carece de una semántica adecuada en el campo de la relación, mientras que el lenguaje analógico posee la semántica pero no una sintaxis adecuada para la definición inequívoca de la naturaleza de las relaciones. (Watzlawick, 1994, p.68)

El silencio dentro en el ritual católico, en un primer momento se podría presentar como comunicación analógica al escapar de las formas digitales de expresión. La analogía permite un acercamiento más directo al objeto de estudio, pues tendría que entenderse qué significado tiene el silencio, dentro de determinado momento, para establecer la analogía respecto a ese significado.

El último axioma de la teoría de la comunicación de la escuela de Palo Alto, se basa en las relaciones entre los sujetos que puede crear la comunicación, esto es relaciones que se fundamentan en la interacción simétrica y complementaria. La interacción *simétrica*, es como su nombre lo indica, basada en la igualdad o la mínima diferencia de la conducta recíproca entre los participantes del acto comunicativo, mientras que en la interacción *complementaria* hay una gran diferencia de la conducta de uno de los individuos que complementa la del otro participante. En la interacción complementaria sobresalen dos posiciones: Uno de los participantes tiene la posición superior o primaria y el otro tiene la posición inferior o secundaria. Esto no significa que haya un valor moral de bueno o malo entre ambas posiciones, ya que simplemente la relación se establece mediante el contexto, la cultura o el nivel de conocimiento de un tema, lo importante, es que dichas relaciones establecen relaciones que permiten encajar y en medio de la diferencia, crear una relación de favorecimiento una con la otra. No hay una imposición en éstas posiciones, sino que la conducta se deriva de la lectura de la conducta del otro. (Watzlawick, 1994, p.70)

Aparece aquí, la posibilidad de encontrar las relaciones más claramente en el silencio y su relación con los otros elementos del ritual católico. La posibilidad de que el contexto de cada acto haga del silencio una comunicación simétrica o complementaria, determinan la forma de entender su función en cada uno de los actos o momentos que aparece. Ahora bien, también los actores que pueden tomar partido son más claros, los feligreses, los sacerdotes, por ejemplo, pueden tener su interacción simétrica o complementaria dependiendo del rito en el cual nos hallemos y en el momento. Las bases de la estructura del sistema se van mostrando para permitirnos explorar detalladamente la función del silencio en relación con los momentos del ritual católico.

C. Wittgenstein: Juegos del lenguaje y significado como uso.

La filosofía de Wittgenstein desarrolló un gran interés por el lenguaje y su repercusión en el mundo. El planteamiento de Wittgenstein se aloja directamente en una reflexión acerca del modo en que opera el lenguaje y su funcionalidad. De esta manera se logra contextualizar dentro de la vida al

lenguaje, a la comunicación. Así este aporte que nos viene de *la teoría del significado como uso y los juegos del lenguaje* que se desarrollan en la Segunda etapa de Wittgenstein, complementan y dan mayor sustrato a la teoría comunicacional de la escuela de Palo Alto anteriormente reseñada.

Hay que partir del lenguaje ordinario, de la situación común, de lo cotidiano. El lenguaje debe ser traído al mundo real, entenderlo en su operancia en un contexto situacional. Pensar el lenguaje, entonces, deja de ser un asunto nebuloso y se aterriza en el mundo vivo, en la comunicación diaria. Es por ello, que el ritual católico es el lienzo desde donde parte la lectura del silencio, porque la religión hace parte de los actos cotidianos de quien profesa esta fe.

Es usando e investigando la comunicación natural, cuando se rastrea el significado del lenguaje, de las palabras, de la metamorfosis que una misma palabra o actitud pueden tener en contextos distintos. El significado preciso de una palabra está dado por el uso que tenga en cierta situación.

Muchos términos que usamos cotidianamente, como 'juego', no tienen un sentido, ni una extensión precisa y totalmente delimitados. Hay actividades acerca de las cuales no estamos completamente seguros que deberíamos llamarlas juegos o no. Pero éste grado de indeterminación que este concepto comparte con muchos otros del lenguaje común no impide en lo más mínimo que podemos usarlo significativamente. La vaguedad, la falta de determinación absoluta no hace carentes de sentido ni a los conceptos, ni a los enunciados de nuestro lenguaje común, de nuestros juegos de lenguaje. (Meléndez, 1998, p. 115)

Wittgenstein hace referencia precisa al lenguaje, así que es preciso recordar que el silencio hace parte de los actos comunicativos más importantes del lenguaje, que aunque no es igual a la palabra, si es necesario para ella y para su funcionalidad, pues la complementa. Así el significado del silencio está dado por el uso que se le otorgue dentro del ritual católico.

El lenguaje cumple diversos propósitos y no está destinado únicamente a la representación del mundo. La diversidad de objetivos que puede abarcar el lenguaje es lo que configura los <juegos del lenguaje>. Los juegos del lenguaje se componen de una distribución específica de la realidad, en la que todo el entorno y la significación se transforma respecto a ese juego del lenguaje y así es posible entenderse con el otro dentro de un juego que emplea su propio proceso para codificarse y decodificarse. “Porque las palabras pertenecen a juegos del lenguaje; tienen la posibilidad —aunque no lo estén de hecho— de estar en relación con otras palabras. Además, al ser empleadas de estas formas con propósitos determinados están de hecho siendo empleadas en el juego de lenguaje; este empleo es parte de lo que va a componer el juego.” (Kenny, 1995, p. 147)

El juego de lenguaje es el uso del lenguaje con ciertas coordenadas para actuar en un contexto de la vida real. Cualquiera que éste sea. La comunicación en la vida cotidiana nos sumerge en un ir y venir propio del juego, que nos relaciona con los demás y nos configura a nosotros mismos. Anthony

Kenny habla acerca de las palabras, pero en éste caso particular, hablamos de actos del lenguaje como el silencio que también entran en la dinámica del significado como uso enmarcado en un juego del lenguaje específico: el ritual católico. Al respecto Kenny expone lo que Wittgenstein señalaría “damos el uso de una pieza de lenguaje describiendo su papel en un juego de lenguaje y que un juego de lenguaje es una actividad humana compartible más o menos complicada, que puede o no tener una utilidad que se puede aprehender y enunciar fuera del juego.”(1995, p. 150)

El uso como significado también nos adentra en la relación con el otro dentro de los juegos del lenguaje. La forma de hallar correcto un uso de una palabra dentro de un juego del lenguaje o del silencio dentro del ritual católico reside en la relación con el otro y las pautas que se sigue para que se desarrolle de cierta manera ese juego del lenguaje. Ese uso como significado, es también una forma de entender el uso como correcto dentro de la situación. Si un uso no está ubicado dentro del juego del lenguaje, entonces será incorrecto, inválido e incomprensible. Así, la conformación de significado se da entonces, por el uso correcto de una palabra o del silencio dentro del apropiado juego de lenguaje.

La comunicación sucede en el mundo real, en la interacción con el mundo, con los demás. El contexto es parte del juego del lenguaje, es la situación y los referentes que encierran al uso para que pueda devenir significado. “Por tanto, la referencia o el aludir del lenguaje a la realidad, de las palabras a las cosas, no depende sino del uso de las palabras.”(Arregui, 1984, p. 133)

Los juegos del lenguaje suponen que el lenguaje es multipropósito porque están vivos e interaccionan con la ondulación de la vida humana, de ésta forma funciona como un instrumento que se emplea para diversas actividades, infinitas actividades. Wittgenstein aclara sobre esto:

La expresión «juego de lenguaje» debe poner de relieve aquí que hablar el lenguaje forma parte de una actividad o de una forma de vida.

Ten a la vista la multiplicidad de juegos de lenguaje en estos ejemplos y en otros:

Dar órdenes y actuar siguiendo órdenes —

Describir un objeto por su apariencia o por sus medidas—

Fabricar un objeto de acuerdo con una descripción (dibujo)—

Relatar un suceso —

Hacer conjeturas sobre el suceso —

Formar y comprobar una hipótesis —

Presentar los resultados de un experimento mediante tablas y diagramas—

Inventar una historia; y leerla—

Actuar en teatro—

Cantar a coro—

Adivinar acertijos—

Hacer un chiste; contarlo—

Resolver un problema de aritmética aplicada—

Traducir de un lenguaje a otro—

Suplicar, agradecer, maldecir, saludar, rezar. (1999, p.16)

El lenguaje no tiene una disposición fija o unos límites que restrinjan sus funciones: el lenguaje tiene propósitos infinitos en los que puede actuar. Wittgenstein nos señala algunos de los que se pueden describir o sospechar, pero la lista es innumerable.

La estructura del lenguaje da cuenta de unos antecedentes y de una proyección, es decir, se hacen las cosas para algo, para ir de un lado *a* hacia un lado *b*. Así, el juego del lenguaje muestra su puntualidad al describir nuestros actos comunicativos, pues cada situación dentro del lenguaje (o que se enmarca dentro del lenguaje) posee reglas y usos precisos dentro de su contexto. “los juegos del lenguaje, como los juegos, no tienen por qué tener una finalidad externa; pueden ser actividades autosuficientes (PG 184; Z 320)” (Kenny, 1995, p. 147)

Lo importante, es reconocer al lenguaje como un instrumento que se usa para múltiples actividades, propósitos, destinos y todo lo que se pueda imaginar en donde se involucre el lenguaje y permita la acción. Así, el panorama apunta a la infinidad posible de los juegos del lenguaje.

Ante tal variedad de juegos del lenguaje y ante la multiplicidad que ellos suscitan, surge la duda necesaria de ¿Qué los hace comunes para que todos puedan ser considerados como juegos del lenguaje? La sencilla respuesta es: nada los hace comunes. Wittgenstein nos habla de los “parecidos de familia” como forma de entender el aire que ronda entre ellos que puede relacionarlos, pero fáctica y verídicamente nada hay entre ellos que los vuelva comunes o que exponga alguna característica que los encierre a todos. El “aire de familia” permite que cada uno se desarrolle en su individualidad, pero que aun así haga parte de los juegos del lenguaje; Kenny habla de una “complicada red de similitudes y relaciones que se solapan y entrecruzan.” (1998, p. 146) En palabras del mismo Wittgenstein, la familia es el ejemplo perfecto porque permite relación entre entidades independientes pero con conexiones que los hacen pertenecer a un algo común –la familia–:

No puedo caracterizar mejor esos parecidos que con la expresión «parecidos de familia»; pues es así como se superponen y entrecruzan los diversos parecidos que se dan entre los miembros de una familia: estatura, facciones, color de los ojos, andares, temperamento, etc., etc. — Y diré: los 'juegos' componen una familia.

Y del mismo modo componen una familia, por ejemplo, los tipos de números. ¿Por qué llamamos a algo «número»? Bueno, quizá porque tiene un parentesco — directo — con varias cosas que se han llamado números hasta ahora; y por ello, puede decirse, obtiene un parentesco indirecto con otras que también llamamos así. Y extendemos nuestro concepto de número como cuando al hilar trenzamos una madeja hilo a hilo. Y la robustez de la madeja no reside en que una fibra cualquiera recorra toda su longitud, sino en que se superpongan muchas fibras. (1999, p. 33)

Los juegos son ilimitados. Siempre pueden crearse nuevos, otros caer en desuso, la vida misma se encarga crear y desusar los juegos pero ellos son infinitos. El lenguaje crece y se modifica como la

misma vida, como los seres humanos, y los juegos del lenguaje pueden caer en mitad de este tipo de procesos o tener sus propios procesos de transformación. El lenguaje, la comunicación siempre son actos que se encuentran vivos.

¿Pero cuántos géneros de oraciones hay? ¿Acaso aserción, pregunta y orden?— Hay innumerables géneros: innumerables géneros diferentes de empleo de todo lo que llamamos «signos», «palabras», «oraciones». Y esta multiplicidad no es algo fijo, dado de una vez por todas-, sino que nuevos tipos de lenguaje, nuevos juegos de lenguaje, como podemos decir, nacen y otros envejecen y se olvidan.(Wittgenstein, 1999, p. 16)

El juego del lenguaje se halla en tal relación con la vida real, con el mundo y con el otro, que es proclive a convertirse y transformarse dentro de lo cotidiano en costumbre o en desuso. De ahí nace la posibilidad infinita de juegos del lenguaje, que consiste en tener múltiples propósitos que no tienen fin y que son dependientes a cambios constantes. “[...] los juegos del lenguaje no son fijos, sino cambiantes. Se comienzan unos y se abandonan otros, e incluso, el mismo juego puede ir variando al introducirse nuevas normas. (cfr. P, 83)”. (Arregui, 1984, p. 138)

El contexto no tiene que ser lingüístico entonces basta con que la conducta sea coherente para que se empiecen a dar las pautas, la relación entre el mundo, el lenguaje y su uso se da por el juego del lenguaje considerado como un todo que se entreteteje. El lenguaje se practica en la vida real y al vivirlo es que se significan los usos, con la repetición, con la costumbre que hace natural el uso dentro de ese juego del lenguaje. “De ahí que <<uso>>, <<juego>> y <<contexto>> se conviertan, de esta manera, en el concepto clave de la nueva concepción del lenguaje.”(García y Fernández, 1992, p.22)

Por ello, el ritual es la forma de vivir un uso específico del lenguaje, dentro del juego de lenguaje que es el catolicismo. La repetición –o conmemoración- de actos, palabras y silencios, configuran una costumbre que connota sacralidad en cada momento en que se vive el ritual.

La inquietud ante el lenguaje ordinario, viene de la imposibilidad de definir ciertas palabras si no están en un contexto específico, palabras que por sí solas no pueden explicarse o definirse y que sólo pueden “ser” dentro de un contexto o situación específica.

Es de esta forma como el silencio se separa de la ausencia del significado o de la palabra. Porque cuando se está inmerso en un juego del lenguaje, una pausa puede significar mediante el uso dentro del ritual, porque ese silencio implica cierta coherencia con el juego del lenguaje, mientras que si se acaba el ritual dentro del que está inmerso el silencio, entonces ya no hay significación porque no hay uso, y sencillamente es otra cosa, es ausencia del mismo ritual y la configuración se disipa o se vuelve distinta.

D. Las reglas.

La comparación de lenguaje y juego surge de su similitud estructural en el empleo de reglas. Se practica un proceso, se interactúa conforme a ciertos pasos y así se configuran las actividades diarias del ser humano. Practicar un juego o el lenguaje se estructura mediante límites que se convienen para que se haga posible –el juego-. Las reglas son relativas o están en relación con el juego que se va a desarrollar. Se modificarán las respuestas de acuerdo a la situación a la que se enfrente alguien. El punto es saber usar las reglas del juego.

El juego en general está definido por reglas, pero estas reglas son sólo un lineamiento que permite libertad. Estas reglas no son estáticas o estrictas, sino son la posibilidad de ir por un camino específico con la amplitud de movimiento que se necesite (en el juego del lenguaje o en el contexto). Las reglas permiten que se establezca un sentido para que el lenguaje configure su propósito y no se quede diluido en intenciones.

Aunque cabe aclararse que estas reglas que rigen el uso del lenguaje no deben entenderse como normas rígidas que estén consignadas expresamente en alguna parte, sino que son, más bien, reglas tácitas y maneras regulares, uniformes, habituales como hacemos uso de las expresiones en un juego de lenguaje, las cuales determinan si ese uso es significativo o no y si es correcto o no. (Meléndez, 1998, p. 126)

El ritual es juego del lenguaje porque posee lineamientos claros de cómo y cuándo se deben hacer las cosas y cómo se practica rutinariamente una actividad que conecta al ser humano con su espiritualidad.

Ahora bien, no hay que olvidar que la comunicación se da en la práctica y que en el mundo, no somos conscientes de aplicar o no la regla: son reglas implícitas y que después de repetir los juegos del lenguaje, quedan en los seres humanos como acciones, como formas de comportamiento, conductas que obedecen a los juegos del lenguaje pero sin el rótulo de “reglas”. Nadie es consciente que sigue reglas cuando se comunica, pero logra establecer una forma de comunicarse y por ello sus acciones obedecen a las reglas. “En cuanto que la actividad lingüística implica el uso de reglas, el conocimiento del lenguaje es un conocimiento práctico. Por ello, entender un lenguaje supone dominar una técnica, y por ello, el lenguaje se aprende, no por explicaciones teóricas, sino por adiestramiento.” (Arregui, 1984, p. 140)

El hecho de que nuestras reglas se vuelvan costumbres hasta tal punto que reaccionemos de manera natural cuando nos hallamos inmersos en un juego de lenguaje, demuestra la manera orgánica en que el lenguaje actúa en nosotros: se articula de manera tan imperceptible el “uso”, el “juego del lenguaje” y el contexto, que resultamos significando de una forma tan natural que escapa a nuestra atención.

Cuando el lenguaje logra establecer un juego del lenguaje tal, que no sólo se queda en palabras, sino que trasciende a las acciones, al qué hacer, a la conducta, a la repetición, es que logra su significación. Entonces el concepto de costumbre es indicado para hablar de ello, pues la costumbre es lo que se mecaniza y se hace de manera casi automática, porque ya se ha captado su significado y la razón no tiene que esforzarse tanto en analizar el uso y por ende el significado. Cuando el uso se vuelve costumbre dota de significado ese uso como el correcto.

Las reglas son indicadores de la ruta del juego del lenguaje, pero no son omnipotentes ante todas las situaciones que se desarrollen en el juego o ante lo inesperado que surja dentro del juego. Así, podemos apreciar la libertad que se brinda al juego del lenguaje por parte de las reglas. El juego crece y toma la forma a su medida y las reglas sólo permiten que se siga dentro de cierto juego del lenguaje, para que pueda practicarse con cierto sentido y para que la significación pueda ser coherente. “Wittgenstein menciona, asimismo, los casos de juegos en los que las reglas se pueden ir haciendo a medida que se juega o en los que las reglas se pueden ir cambiando con el transcurso del juego (ver IF, § 83, p.105).” (Meléndez, 1998, p. 131)

Las reglas, se plantean como un “indicador de caminos”, una señal que indica la forma de proceder ante la situación. Acá no protagoniza nuestro razonamiento en la interpretación como mediador para realizar la acción, sino que el actuar correctamente responde a una manera natural de realizar las cosas. En la vida cotidiana, no hay dificultad en seguir las reglas del lenguaje, pues ellas no son una imposición, por el contrario funcionan en acuerdo con nuestro actuar natural, se cohesionan con la práctica cotidiana y algunas hasta se interiorizan tanto que se vuelven costumbres.

Según expone Meléndez, el curso de acción (o la conducta, el comportamiento) puede acomodarse a una regla, sólo cuando estamos acostumbrados a seguirlo porque se ha acreditado como una práctica correcta. Es entonces cuando se habla de una especie de “uniformidad” dentro de las acciones que se realizan para “seguir la regla”, pues esto permite que se vuelvan costumbre. Así, con el objetivo de dar uniformidad para que se puedan emplear las reglas, aparece el adiestramiento mediante prácticas, con el propósito de hacer normal para el sujeto o la persona la forma de operación con que rigen las reglas, entendidas como costumbres. (1998, p. 149) Así es posible normalizar un proceso dentro de un juego del lenguaje y hacer posible el entendimiento y la participación de los sujetos dentro de él, porque viene de la comunicación natural, de la forma básica de relación entre los seres humanos.

[...] a través del adiestramiento se trataría de moldear nuestro modo de actuar, nuestro comportamiento, nuestras reacciones a las reglas y a las palabras y no nuestro entendimiento o nuestra comprensión racional de las mismas. Y este adiestramiento no se apoya finalmente en explicaciones, ni

interpretaciones. Wittgenstein, subrayando este punto, llega a compararlo con el adiestramiento con el que se doma a un animal, digamos, a un león de circo. (Meléndez, 1998, p. 150)

Aplicar las reglas mediante adiestramiento, también supone que nuestras “reacciones naturales básicas” se hacen presentes en ese proceso antes que lo fundamentalmente racional. La vida social implica ciertos patrones de comportamiento, ciertas reglas que han nacido de lo primitivo o básico del ser humano. Así, las reglas del lenguaje dependen de esa parte para ser concebidas y para que luego se pueda lograr el juego del lenguaje. Quien se resista a reaccionar de la manera básica cae en la exclusión de la comunidad en la que interactué, pues no podrá seguir las reglas y por tanto interactuar correctamente con su entorno.

El contexto, entonces es parte fundamental de la forma en que se sigue la regla y en la forma en que la regla se cohesionan con una colectividad. Al llegar a las reacciones naturales básicas o el actuar instintivo, Wittgenstein nos sugiere describir y no explicar. Nuestro lenguaje y sus reglas se instauran a partir de nuestro actuar natural y no desde el razonamiento.

E. El recorrido para dilucidar la función comunicativa del silencio.

Ahora bien, puestos claros los antecedentes teóricos -la propuesta de Palo Alto acerca de la pragmática y la propuesta de Wittgenstein del uso como significado-, es necesario entender la repercusión que dichas teorías tendrán en el desarrollo de la investigación de “la función comunicativa del silencio en el ritual católico”.

Hay que partir desde la consideración de que el silencio en el ritual católico, marca una relación entre el individuo y el mundo. Dicha relación, implica una conducta que según Palo Alto, conecta al individuo con una estructura de significaciones respecto al mundo, al contexto al que éste se enfrenta. Para Wittgenstein, es la forma de entender la forma de operar el lenguaje del individuo que comparte con el mundo ese lenguaje, y que en éste caso, escoge una significación precisa para utilizarlo. Así la conducta de este individuo, determina su relación con el lenguaje y por ende con el mundo.

Ahora bien, las palabras no son las únicas formas de comunicación que puede existir ni lo único cargado de significación. Partiendo del concepto de Watzlawick dentro de la Escuela de Palo Alto, donde no hay forma de no comunicar, el silencio es parte innegable de las estructuras comunicativas humanas, del lenguaje, de la misma palabra, dotando de cadencias las conductas humanas y así fijando los usos que pueden connotar diferentes funcionalidades o significados, según su forma de relacionarse dentro determinado juego del lenguaje al cual se halle inscrito.

El silencio como acto comunicativo, establece un rol dentro del juego que resulta del ritual católico. Tanto Wittgenstein como Palo Alto hablan de la similitud entre la situación donde sucede la comunicación y el juego. El juego entonces, implica estar inmerso en un actuar que corresponda a la estructura del sistema comunicativo y que resulte claro y apropiado dentro de dichos términos. Es de ésta manera, que el ritual católico adopta una dinámica especial que codifica el lenguaje específicamente para relacionar al ser humano con su parte espiritual.

Tres observaciones deben hacerse a propósito de los juegos de lenguaje. La primera es que sus reglas no tienen su legitimación en ellas mismas, sino que forman parte de un contrato explícito o no entre los jugadores (lo que no quiere decir que éstos las inventen). La segunda es que a falta de reglas no hay juego, que una modificación incluso mínima de una regla modifica la naturaleza del juego, y que una «jugada» o un enunciado que no satisfaga las reglas no pertenecen al juego definido por éstas. La tercera observación acaba de ser sugerida: todo enunciado debe ser considerado como una «jugada» hecha en un juego. (Lyotard, 1987, p. 11)

Es este uso espiritual, el que significa al silencio. Es este aire de sacralidad el primer factor que hay que tener en cuenta para la lectura del silencio. Pero volviendo al ritual como juego, es preciso atender otro punto en donde ambas teorías concuerdan: todo juego está sujeto a ciertas reglas. Palo Alto lo explica mediante las redundancias que tiene el juego, y Wittgenstein lo expresa directamente con las reglas, pero en ambos casos hablamos de lo mismo, de lineamientos que permiten predecir correctamente la conducta y que descartan como “no a lugar” las conductas que no estén a la altura o acorde a lo que desarrolla el juego. Entonces, el ritual implica una forma de comunicación reglada o regulada pero de forma implícita, es decir que una vez acostumbrados a este mapa de coordenadas de comportamiento, no necesitamos más que interiorizar el uso y estaremos acorde a lo que el ritual pide sin necesidad del razonamiento absoluto.

El uso, es en palabras de Palo Alto cuando “la naturaleza de una relación depende de la puntuación de las secuencias de comunicación entre los comunicantes” (Watzlawick, 1981, p.60) lo cual nos refiere al uso como significado, pues los actos comunicativos y las palabras, cumplen diferentes funciones dentro de diversos juegos del lenguaje, y pueden darse el placer de cambiar de rol, en tanto cambian de juego. Así, el silencio puede significar como acto y como palabra un uso apropiado o inapropiado, un valor positivo o negativo, una reacción agradable o despreciable, de acuerdo a su carga significativa dentro de un contexto correspondiente.

Al intentar establecer el significado, se ha de considerar qué es lo que se está haciendo, no sólo al hablar, sino con toda la conducta. La conexión entre las palabras y las cosas, entre el lenguaje y el mundo, depende de la totalidad del juego del lenguaje, es decir, tanto de la actividad lingüística como de las actividades no lingüísticas con que aquella se entrelaza. (Arregui, 1984, p. 134)

El ritual católico, es una costumbre para las culturas que tienen allí depositada su fe. Así, estudiar el silencio mediante el ritual católico, ayuda a atraer las teorías comunicativas a la tierra, al mundo y

entender sus relaciones desde un contexto que parece el más natural para muchos: el momento ritual de profesar unas creencias espirituales. Con ello, hay una búsqueda humana –la espiritualidad– que se vale del lenguaje y viceversa, que permite deconstruir la vida cotidiana y entenderla en su expresión comunicativa.

Y hacemos aquí lo que hacemos en miles de casos similares: Puesto que no podemos indicar una acción corporal que llamemos señalar la forma (en contraposición, por ejemplo, al color), decimos que corresponde a estas palabras una actividad espiritual.

Donde nuestro lenguaje hace presumir un cuerpo y no hay un cuerpo, allí, quisiéramos decir, hay un espíritu. (Wittgenstein, 1999, p. 21)

Así, la búsqueda esencial es el silencio como “espíritu” no corpóreo dentro del ritual católico. Los usos que del silencio se puedan desprender, establecerán diversos juegos del lenguaje –podemos llamarlos micro juegos del lenguaje– aun incluso estando en el juego del lenguaje del ritual católico. Más adelante y con mayor precisión, se podrá incluso comparar los diferentes usos que se le puede dar a este “acto comunicativo” dentro de un mismo juego del lenguaje y apreciar cómo siendo el mismo “silencio” se transforma su valor comunicativo dejando una estela de matices que le diferencian de él mismo en cada caso.

El camino queda abierto para recorrer el ritual católico como juego que permita entender los usos del silencio y su significación. Sentados los precedentes teóricos que son las herramientas necesarias para la deconstrucción del significado dentro del ritual católico, puedo establecer una estructura operativa del lenguaje dentro del marco de la sacralidad católica que remita captar –significar– el protagonismo espiritual del silencio.

III. CAPÍTULO 2

A. Introducción.

En este momento es necesario ubicar toda la teoría trabajada en el anterior capítulo dentro de la religión, configurando específicamente el juego del lenguaje religioso. En un primer momento se definirá y abarcará el concepto de juego de lenguaje religioso. Nos situaremos en la elección de la forma de vida del creyente que hace un recorrido desde el plano individual hasta el social, generando identidad y cultura.

Al dejar claro este terreno de juego, se empezará a hablar de silencio. Se partirá desde la misma naturaleza del silencio. Habrá una comprensión desde sus relaciones más primarias con el sonido y el lenguaje para luego atravesar la relación con la lectura y la escritura. Este análisis es necesario, ya que el ritual católico está regulado mediante oralidad, escritura y lectura, entonces al tener clara la influencia del silencio en el desarrollo de los seres humanos posteriormente será fácil encontrar las primeras funciones del silencio dentro del ritual católico y así seguir el camino para encontrar nuevas funciones del silencio dentro de dicho ritual.

Por último se retomará el juego del lenguaje religioso y tendremos una visión de cómo el ritual se genera dentro del lenguaje. Se partirá de la palabra sagrada y cómo ella valida al silencio como sagrado. Captaremos la esencia conmemorativa del ritual para la forma de vida del creyente y cómo de allí se crea una cohesión en las personas que participa de él. Así nos adentraremos en la relación fundamental del silencio y el ritual: el silencio será lo más próximo a la divinidad cuando la palabra no logre dar cuenta de lo sagrado.

B. Experiencia mística y Religión.

Debemos partir de un juego del lenguaje inicial: la religión que encierra dentro de sí misma tanto al creyente como a los rituales. Los tres juntos-religión, creyente y ritual- hacen un círculo que se retroalimenta multidireccionalmente. La religión constituye una decisión personal acerca de qué creer, que puede depender de factores internos y externos -tales como el contexto social en el que crecemos y/o la formación académica que recibimos-, los que nos llevan a interiorizar una forma de vivir nuestra espiritualidad y de comportarnos respecto al mundo.

Wittgenstein reflexiona acerca de que si el uso es significado, ello implica que también es una forma de vida “¿Es entonces en realidad el significado sólo el uso de las palabras? ¿No es la manera en que

ese uso está entrelazado con nuestra vida? ¿Acaso su uso no es una parte de nuestra vida?”¹ Así es oportuno enlazar el *significado como uso* -propuesto por Wittgenstein- dentro de una *forma de vida* que es constituida por la religión y más exactamente el ritual dentro de la religión, que conecta al creyente con la religión pero más especialmente con su espiritualidad y explícitamente dentro del catolicismo con Dios. Elegir una forma de vida implica determinar la manera de vivir en relación con el mundo, siendo entonces necesario establecer la importancia de la religión en las culturas y en los individuos.

La esencia de compartir la espiritualidad entre seres humanos nace de la contingencia de tener un lenguaje común y como grupo establecer una identidad. Ese lenguaje común se transforma mediante reglas y configura una interacción en la que se dota de significado todo lo que se vive dentro de ese contexto. Así, cuando el creyente decide vivir y creer su fe con fervor, transmuta su realidad significándola de acuerdo a su uso religioso.

Sin embargo, si un juego de lenguaje ha de distinguirse de otros juegos de lenguaje, tiene que estar caracterizado por un conjunto distintivo de actividades (con las creencias y asunciones concomitantes) y reglas. Por mucho que pueda parecerse a otros juegos de lenguaje, tiene que ser único por su combinación de actividades y propósitos, y también por el conjunto de reglas. (Barrett, 1991, p. 167)

Convencerse de creer en algo, es establecer una función de poder sobre ese algo hacia la vida, para que la nueva significación afecte de determinada manera -acorde a dichas creencias- la vida del creyente. La experiencia “mística” del creyente, según Wittgenstein, puede dividirse en algunos momentos claves, es decir, para que un no creyente se vuelva creyente es necesario que:

1. Haya una intención de interpretar lo místico como maravilloso. Esto surge de la inconformidad humana de las explicaciones que se dan respecto al mundo. Pese a que la ciencia hace sus intentos por explicar la vida en general, los aspectos que se escapan de la explicación clara, concisa o determinada por la ciencia, hacen que la duda humana se cuele allí, y es ahí en donde lo místico o espiritual entra a ser parte de las explicaciones precisas para comprender y explicar lo inexplicable.

El impulso hacia lo místico proviene de la insatisfacción de nuestros deseos por la ciencia. Sentimos que aún cuando todas las posibles cuestiones científicas hubieran recibido respuesta, nuestro problema no se habría rozado en lo más mínimo. Por supuesto en ese caso, ya no quedaría pregunta alguna; y esa es la respuesta. (Wittgenstein, 1982, p. 51)

¹ Citado en Barrett, C. Ética y creencia religiosa en Wittgenstein.

2. La experiencia mística implica que hay elementos inexpresables del mundo que a su vez se muestran por sí mismos -y por ello nos asombran, volviendo al punto número uno-. “[...] lo místico tiene que ver con lo más elevado, con ver el mundo como un todo limitado y *sub specie aeterni*.” (Barrett, 1994, p. 115)² El mundo se conforma de elementos que parecen de carácter no-natural aunque sean parte de la naturaleza, y ellos son los que desconciertan la objetividad humana y la orientan a un estado de conciencia de ser parte de un todo que no tiene una explicación tan sencilla como lo que se puede ver.

3. Lo místico, es parte de la experiencia de ver al mundo simplificado en un gran todo que abarca todas las posibles existencias. El mundo de ésta forma es “limitado y acotado”. Pero esa forma de ver el mundo tiene una implicación en la configuración del creyente respecto al mundo, pues se trasciende lo individual y lo temporal. Lo individual es ahora una pequeña parte de una inmensidad contenedora de lo general, del mundo y la conciencia de hacer parte de ello abarca también la temporalidad del creyente, pues no hay un tiempo para que se cumpla lo místico de manera terrenal. Lo místico está presente en todos los tiempos gramaticales y no es posible hallarle objetivamente en ninguno. “Tomar los eventos como un todo es verlos fuera del tiempo, esto es, *sub specie aeterni*; para verlos *sub specie aeterni* uno no puede mirarlos como parte de una secuencia temporal (cfr. Notebooks, p. 83, 7.10.16) sino junto con el espacio y el tiempo.” (Barrett, 1994, p. 117)

Es de esta forma que experimentar lo místico, lo metafísico o lo espiritual –que en este caso son sinónimos- hace parte un tránsito de interpretación del mundo del creyente. La posibilidad de concientizarse de ello y de asumirlo con fe es el paso sucesivo para que un creyente se vincule de corazón con cierto credo o religión específica.³ La conexión con un plano trascendente hace al creyente poder dar explicación a lo inexplicable, con recursos que no son visibles -por lo menos para el ojo humano- o en algunos casos verificables para la ciencia.

² Es necesario clarificar el término *sub specie aeterni*, para entender plenamente el planteamiento de Wittgenstein. Ello supone ver al mundo como un todo limitado. Un todo que abarca lo existente y que en consecuencia lo delimita y lo limita.

³ Es evidente que esa no es la única forma de pertenecer a una religión. Se puede ser parte de una sin tomar conciencia de la experiencia mística que expone Wittgenstein, pero en ese caso no hablaríamos de un creyente consagrado sino más bien de una persona que por costumbre o necesidad de pertenecer a algo, se adhiere a un sistema de creencias sin tener fe en ellas o profesarlas desde su conciencia.

Así, el lenguaje mismo se trasciende, pues se describe con el lenguaje algo que no habita el mundo, pero es aquí donde Wittgenstein recuerda que en el juego del lenguaje de la religión y la espiritualidad, ese uso del lenguaje y ese tipo de conducta humana, son totalmente configurados para explicar lo inexplicable. También, el creyente dentro de su conexión con el mundo como todo, configura ciertos “deberes” y “derechos” con ese todo. Es aquí donde ubico las otras dos experiencias que describe Wittgenstein en su reflexión acerca de lo místico:

- a) La experiencia de sentir absoluta seguridad, pues la conexión con el gran poder del universo –en el caso particular del catolicismo Dios-, le otorga al creyente la tranquilidad o el equilibrio para que las vicisitudes de la vida no le afecten, pues las entiende como hechos enmarcados en el mundo como un todo, del cual él es parte y al conectarse con ese todo, los problemas aparentemente sin control están -en el plano trascendente- realmente controlados.
- b) La experiencia de sentirse culpable o desaprobado por Dios, hace parte de la conciencia primitiva de intercambio: doy y recibo. Así, cuando los actos del creyente no suceden acorde con la armonía de lo que recibe o son contrarios a los deberes que tiene con el mundo como un todo, desencadena una reprobación propia, divina e incluso terrenal, en tanto ha actuado en contra de sus creencias o en contra de los juegos del lenguaje religiosos y espirituales.

Elegir la forma de vida del creyente, requiere reconfigurar todos hechos del mundo material. Se establece un compromiso de trascendencia con el contexto, el cual define la forma de relacionar el mundo con las creencias que se profesan. Es de ésta forma que se juega el juego del lenguaje religioso. Es tomar el lenguaje común y significarlo de trascendencia espiritual y divina e interactuar con el mundo invadido por lo inexplicable.

Lo religioso entonces, se configura en una realidad llena de símbolos y metáforas que apelan al plano trascendente y que se sistematiza de forma tal que promete recompensas a cambio de conductas específicas con el mundo como un todo. Las religiones son explicadas como creación divina pero siempre se constituyen como instituciones humanas, donde antropológicamente, se establece una forma de hacer contacto con el plano divino.

Es así como la pragmática de la religión cambia el comportamiento del creyente frente a su entorno, pues lo significa de una determinada forma, para que el juego del lenguaje sea posible. Es así como se precisa la ritualidad dentro de lo religioso.

“La realidad comunicada mediante el concepto «religión» posee un contenido que no se puede concretar con ninguna definición, ya que la religión además de los aspectos «constatables», dispone de otros (por ejemplo, la creencia religiosa) que solamente pueden comunicarse de manera mediata a través de símbolos, narraciones, culto, etc.” (Duch, 2001, p. 87)

Parte de la importancia de la religión dentro de las culturas alrededor del mundo y a través de los tiempos, es que dicta ciertos parámetros para seguir o no en cierta comunidad. Incluso quienes son rebeldes a la religión, tienen un referente de qué no seguir –el sistema de creencias religiosas- dentro de la sociedad en la que viven. Pese a que existen muchas propuestas que teorizan sobre la religión, es necesario reconocer su importancia en tanto da estructura a la sociedad en la que vive quien cree en dicha religión, y entender cómo ella puede configurar con mayor o menor fuerza, la forma en que el creyente ve su mundo y se relaciona con él. “Entendemos por función de la religión los diversos modelos de relación que mantiene una determinada religión con los demás sistemas sociales (familia, estado, economía, sistema escolar, cultura, etc.) con el fin de mantener la estabilidad del cuerpo social.” (Duch, 2001, p. 149)

Los sistemas de creencias propios de una religión determinada, son juegos del lenguaje que establecen una comunicación específica en la que se trascienden otros planos de la vida del creyente. La conducta derivada de vivir acorde con una religión, muchas veces traza unas reglas morales que deben ser las mismas en todos los aspectos del creyente y que deben convertirse en su ética para la vida. Así, la religión se convierte en proceso social de comunicación. “Los juegos de lenguaje ético, estético y religioso pertenecen a un juego del lenguaje más amplio de «expresiones valorativas», lo mismo que la física, la química y la biología pertenecen al juego de lenguaje de la ciencia.”(Barrett, 1994, p. 170)

El creyente configura la significación de sus comportamientos de acuerdo a la forma en que se organiza la interacción dentro de la religión. Toda su disposición corporal, espiritual y comunicativa sigue las reglas del juego del lenguaje religioso. El uso de palabras, silencios, posturas -y en general cualquier tipo de comunicación derivada del juego del lenguaje religioso-, está de por sí enmarcado en una forma específica respecto del sistema de creencias para interactuar con el mundo, significar al mundo y a sus elementos circundantes. Por ello es posible afirmar que específicamente dentro del

ritual religioso⁴, al creyente le es imposible no comunicar lo sagrado, lo santo y su interacción con el plano divino.

En palabras de Wittgenstein, podría plantearse que es en esta “pragmática” como forma de vida, cuando el juego del lenguaje religioso, se convierte en un “juego del lenguaje cultural”, configurando su uso redundante en costumbre. Cuando logra trascender el mero compartir la espiritualidad y cumple funciones de cohesión social y direccionamiento de vida dentro de una sociedad.

“La clave de los juegos del lenguaje culturales ha de buscarse en el contexto de la forma de vida en la que es jugado. La forma de vida determina las reglas y su proximidad o lejanía de un cálculo. Eso es su gramática. Lo que llamo «juegos del lenguaje cultural» es algo inventado con un propósito” (Barrett, 1994, p. 165).

C. La palabra y el silencio.

En este momento nos distanciamos un poco del juego del lenguaje religioso para dar paso a la comprensión del silencio. Es necesario que antes de abarcar el uso del silencio dentro del ritual, tengamos clara la naturaleza del silencio desde el desarrollo mismo del lenguaje en el ser humano para posteriormente captar con claridad su transición hacia el ritual.

Dice la escuela de Palo Alto que la conducta se deriva de la lectura de la conducta del otro. Cuando existe un lenguaje común puede establecerse la comunicación. El pensamiento atraviesa el lenguaje y parte la comunicación mediante la interacción de ideas entre dos entidades que comunican abstracciones en una lengua común. Si no hay lenguaje común, hay una falla dentro de la comunicación y esta se dificulta o se vuelve imposible.

El sonido fue necesario para el desarrollo del lenguaje en ser humano. “No sólo la comunicación, sino el pensamiento mismo, se relaciona de un modo enteramente propio con el sonido” (Ong, 2006, p. 16). Y ello tiene que ver con que las primeras comunidades humanas eran netamente orales y por consecuencia el lenguaje empezó a derivarse de los sonidos que ellas hacían para señalar el mundo y sus diferentes situaciones.

Las palabras empiezan a tener su carácter de sonidos individuales que se refieren a algo específico, siendo en este momento enteramente auditivas, pues aún no existe la escritura ni algo que las haga ocupar un espacio dentro del mundo de una manera visual. Entonces, la palabra es fugaz y se

⁴ Que es la pieza dentro del conjunto de creencias religiosas de determinada fe que inmediatamente se identifica como un juego del lenguaje, por realizarse una ceremonia mediante un determinado protocolo, estableciendo unas reglas y funcionando con tiempos específicos para cada acto.

desvanece a medida que transcurre en el tiempo, no puede perdurar porque ya lo menciona Walter Ong: “El sonido sólo existe cuando abandona la existencia. No es simplemente perecedero sino, en esencia, evanescente, y se le percibe de esta manera” (2006, p.38).

Así que si la existencia del sonido sólo es posible cuando este abandona su existencia, es posible afirmar que la existencia del sonido sólo es posible cuando llega el silencio y logra darle sentido a su articulación. Es el silencio quien permite la retroalimentación de la información en cualquier tipo de comunicación. Esa pausa que se produce al terminar el sonido es lo que realmente determina y articula su uso, pues posibilita que el sonido sea diferenciado como palabra única -dentro del conjunto de diversas palabras-, en vez de formar parte de un montón de sonidos ininteligibles.

El oído es el protagonista hasta este momento, pero éste órgano de percepción, configura la relación del pensamiento del individuo dentro de las comunidades, respecto a su entorno. Es así, como la cultura oral o tribal percibe el mundo más armonizado y su pensamiento se construye mediante análisis situacional –pues la palabra es entendida como acción-: la conducta se deriva de la observación del conjunto de elementos que intervienen en un escenario.

En consecuencia, el silencio apela a este tipo de pensamiento otorgando la pausa y el espacio que permite al ser humano oral establecer qué tipo de intervención realizará dentro de determinadas circunstancias. El silencio posibilita el análisis, ya sea argumentando hacia otro con palabras o concentrando las posibilidades mentalmente para elegir la mejor opción.

Es aquí donde entra una observación desde la escuela de Palo Alto, pues es la comprensión de la información y la retroalimentación la que se produce a partir de la intervención del silencio dentro de la comunicación, ya que permite que el simple sonido pueda ser descifrado por el cerebro humano como palabras separadas, luego como conjunto de palabras que significan al relacionarse con el contexto general.

En la oralidad, es el silencio quien permite que dentro de una interacción comunicativa, una de las partes se exprese y que la otra –la que abandona la palabra y decide prestar atención- entienda los sonidos configurados como palabras cargadas de significación, como un mensaje. Si las dos personas o el grupo de quienes se comunican hablan al mismo tiempo, los sonidos se convierten en ruido y la retroalimentación no es posible. “Del mismo modo, un sonido constante e invariable es difícil de percibir e incluso puede volverse inaudible” (Watzlawick, 1997, p. 29).

Es el silencio el que articula la palabra para que pueda devenir comunicación, pues la pausa verbal hace posible la comprensión del lenguaje, la asimilación del significado y la ejecución de la

respuesta, es decir que, en términos de Watzlawick, la comunicación circular es posible en tanto la información puede expresarse correctamente y al mismo tiempo se produce una retroalimentación a cerca de esa información (1997, p. 32). El lenguaje está radicalmente posicionado dentro del sonido y articulado como palabra mediante el silencio.

Con la introducción de la tecnología de la escritura dentro del lenguaje, hubo una relación directa con la percepción visual humana. Cuando la palabra logra ocupar un espacio físico dentro del mundo, esto es al lograr traducir el sonido en imágenes mediante signos o letras que puedan ser reconocidos por un grupo de personas, se produce la permanencia de la palabra, como consecuencia de plasmarla en algún lugar fijo, dejarla por un tiempo y luego volver a leerla, reconociéndola y entendiéndola como antes.

La percepción visual, a diferencia de la audición, reconoce los elementos al aislarlos, para observarlos y descifrarlos de manera única. Así se posibilita la experimentación y la explicación de algún objeto o situación mediante la vista. Como lo explica Ong, el uso continuo de la escritura modificó la relación del ser humano con el mundo y modificó su percepción del entorno. La escritura afectó los procesos de pensamiento del ser humano, aumentando la actividad cerebral del hemisferio izquierdo, y consiguió generar un pensamiento guiado por la razón que segmenta elementos y los ordena metódicamente, razón por la cual las culturas letradas son más analíticas y menos situacionales (2006, p. 101).

La sonoridad de la palabra se mantuvo, pero ahora estuvo acompañada inseparablemente de su visualización. El momento de leer una palabra o un escrito, implica convertirlo en sonidos ya sea pronunciándolos o simplemente pensándolos. La escritura no puede prescindir de la oralidad, así como la oralidad no puede prescindir del silencio. “Si paraliza el movimiento del sonido no tengo nada: sólo el silencio, ningún sonido en absoluto” (Ong, 2006, p.38). Así que la permanencia del silencio también se tradujo a la escritura: los espacios entre las palabras.

La relación del humano con su entorno en general, tiene que ver con que la primera frontera que existe entre el *yo* y el *otro* es el cuerpo. Cada individuo tiene una esfera privada que es su cuerpo y su pensamiento, donde reposa toda la singularidad de la persona y, una esfera pública donde este puede expresar su singularidad y a la vez es el punto de interacción con el otro y con el mundo.

Una persona puede estar dentro de sí misma o fuera de sí y ello tiene que ver con la interacción que establezca con su entorno. No es lo mismo si alguien ve un atardecer en soledad a si a ese alguien sostiene una conversación con una o varias personas. Al guardar silencio desde la frontera personal

se divisa el exterior, haciendo una clara conexión entre el yo y la apropiación de lo que es externo al cuerpo –tal como el mundo y el otro–.

La escritura trae un cambio dentro de la conciencia del ser humano. La introspección que ahora implica la palabra al ser leída abre otras fronteras de la experiencia como comunidades y como individuos. La tecnología de la escritura modificó nuestros estados de conciencia, pues la percepción de mundo ahora no es situacional sino es la relación entre el afuera y el adentro, el yo y los otros. La palabra escrita apela al silencio de quien lee, porque ya no tiene que expresar en voz alta ni convencer a otros, esa palabra conversa con el yo de quien lee y ese yo se mueve.

La mente ya no debe preocuparse por la movilidad y fugacidad de la palabra, ahora lejos de las fórmulas mnemotécnicas, la mente queda en silencio, abierta a la creatividad y puede investigar el interior humano y después conectarse con el exterior, pues la herencia analítica de la escritura, también lo lleva observarse interiormente y alejarse de sí mismo para comprender su relación con el mundo. “Nosotros tendemos hacia lo externo porque hemos buscado en el interior” (Ong, 2006, p.135)

El mundo de la escritura y de la lectura son mundos silenciosos y solitarios. La palabra ya no está de la misma manera viva ni llena de los matices aportados por el contexto de la situación experimentada, sino que en su espacio inmóvil se encuentra con el interior de quien lee. Pero con la experiencia de los libros –posible gracias a la imprenta– hay una tendencia hacia una conducta aislada, en busca de espacios cerrados y separados para leer y encontrarse desde el interior del individuo con el contenido del libro.

El juego del lenguaje cambia para la palabra y en consecuencia también para el silencio. Ahora con la palabra quieta en el espacio, el uso cambia e inmediatamente su significado⁵. Las reglas en este caso incluyen nuevos jugadores: escritores y lectores. El silencio es el espacio entre las palabras impresas o escritas pero también significa el momento de reflexión entre quien escribe y lo que escribe. El lenguaje ahora debe ser más preciso y claro para un nuevo público: el lector, pues este nuevo tipo de interacción que se establece permite retroalimentación pero sólo en la conciencia del lector. El escritor debe calcular todas las variables para que sus palabras expresen estrictamente lo que él quiere decir, pues no hay forma de volver a pronunciar algo para corregir lo anterior: lo escrito, así se queda y es lo único que recibirá el lector de parte del escritor.

⁵ El *uso como significado* que explica Wittgenstein aplica claramente en este nuevo juego del lenguaje, que ha creado a los lectores y escritores, roles que no existían en las comunidades orales.

Con los nuevos usos y significados que ahora tienen la palabra y el silencio gracias a la escritura, es preciso señalar que el contexto de las palabras ahora es diferente: lo escrito es más plano comparado con lo oral. Pero lo oral ahora está atravesado por lo escrito, ejerciendo un poder dentro de la palabra que apela siempre al interior de la persona, ya sea que le estén hablando o esté leyendo algo. “Para vivir y comprender totalmente, no necesitamos sólo la proximidad, sino también la distancia. Y esto es lo que la escritura aporta a la conciencia como nada más puede hacerlo” (Ong, 2006, p.85). El silencio se convierte en esa distancia que permite interiorizar en la conciencia humana cualquier conocimiento al enfrentarlo y capturarlo dentro de cada individuo, conectando su esfera privada con la consignación del conocimiento –representado en el libro-.

Ahora el silencio tiene dos funciones diferentes dentro de lo escrito. Es necesario mencionar que el silencio conserva su acción de acceso al significado y comprensión de las palabras, pero en esta primera función: la lectura en silencio, se adentra en el juego del lenguaje escrito tomando partido por el lector para que este pueda apropiarse de la información sin necesidad de que su oralidad ni la de otro intervengan. El lector puede volver al conocimiento las veces que quiera sin pronunciar una sola palabra y lo más importante, la palabra escrita se encuentra con su silencio interno para apelar a su yo, a su pensamiento e incidir en su conducta. La pausa del silencio dentro de la lectura supone que el contenido del libro interpela al yo del lector y lo hace reflexionar en todos los aspectos posibles.

La segunda función es que si alguien lee en voz alta, el otro guarda silencio para que la fugacidad de las palabras escritas pero pronunciadas apelen a su yo interior y produzcan reflexión. La diferencia con la anterior función, radicaría en que mientras la mente del lector está ocupada en ver las palabras y convertirlas mentalmente en sonidos, la mente de quien guarda silencio mientras otro le lee, sólo se concentra en su pensamiento, en su yo interno y en su interacción con el contenido del libro. Se podría pensar que pasa exactamente lo mismo que con las culturas orales mientras se mantiene algún tipo de diálogo, pero es pertinente mencionar que la influencia de la escritura en la conciencia humana permite una mayor introspección, es decir que este sujeto letrado es más profundo en su introspección frente al no letrado y logrará una mejor relación entre el yo y lo que se le lee. “La escritura posibilita una introspección cada vez más articulada, lo cual cubre la psique como nunca antes, no sólo frente al mundo objetivo externo (bastante distinto a ella misma), sino también ante el yo interior, al cual se contraponen el mundo objetivo” (Ong, 2006, p.106).

El silencio enfatiza la comunicación que proviene desde el exterior apelando al interior. Se comunica con los diferentes juegos del lenguaje que puede emplear la palabra y articula al yo con el mundo. La dimensión de la palabra humana abarca en su totalidad al individuo, llevándolo a ser poliglota. “El

ser humano, para decir y decirse exhaustivamente, debe usar diversos lenguajes que están a su disposición. Él mismo y la realidad son polifacéticos, y cada una de las facetas debe expresarse por medio de un lenguaje que sea adecuado” (Duch, 2001, p. 232). El mismo lenguaje se usa en diferentes roles dentro de la vida humana o para lo que se configura como juegos del lenguaje. Así el silencio se abre a nuevas posibilidades de significación según ameriten las reglas dentro de los juegos del lenguaje que le impliquen junto con la palabra.

Con esta claridad frente al silencio, podemos adentrarnos en el mundo del ritual que, en las sociedades letradas, puntúa sus rituales con la oralidad, la escritura y la lectura.

D. Ritual y silencio.

En la medida que el juego del lenguaje que encierra a la palabra cambia, el uso de esta también cambia y por consiguiente el del silencio, pues ambos elementos –silencio y palabra- se corresponden mutuamente. La palabra hablada crea identidad grupal dentro de las personas que se comunican, pues la palabra hablada proviene del interior de quien la articula.

La oralidad y la fuerza de la palabra se relacionan estrechamente con lo sagrado, ya que la palabra es la única capaz de expresar las inquietudes fundamentales del alma humana. Al introducirse la tecnología de la escritura, esta misma sacralidad traspasa a la palabra escrita, mas su carácter místico siempre se deberá a la herencia de la oralidad. La fugacidad y el movimiento de la palabra hablada pasa al mundo silencioso y estático de lo escrito.

La relación de la palabra con lo mágico dentro del juego del lenguaje de la creencia católica y en general cristiana, tiene que ver con que los fundamentos de la religión se basan en que la palabra de Dios hace posible al mundo. Dios habla y todo el universo se dispone a seguir un orden, es la voz de Dios la que comanda el inicio y el final de la humanidad.

Es entonces, cuando dentro del juego religioso, el lenguaje se distancia un tanto de la realidad, pues su uso implica mencionar y determinar elementos trascendentes que no se encuentran en éste mundo: “la palabra sirve de testigo a una realidad inexpresable o a una sintaxis más flexible, más penetrante que la suya” (Steiner, 1982, p. 76). No hay algo real de lo que el lenguaje de cuenta –pues nadie ha visto a Dios-, se trata de significar en el lenguaje lo inexplicable, lo inexpresable, aquello que dentro de la conciencia humana se atisba como una inquietud pero que carece de demostración científica comprobable.

La carga mágica que tienen las palabras dentro del ritual, es una herencia que vendría desde el pasado oral o de la cultura Tribal. Como explica McLuhan en *La Galaxia Gutenberg*, el poder de la

palabra tiene que ver con usar mediante entonación apropiada las palabras para que su articulación produzca cierto resultado (1972, p.37). Ello sólo es posible cuando se está inmerso en el mundo del sonido, de lo auditivo, pues el uso de las palabras es acción, es dinamismo que se entrelaza con la vida misma y con sus misterios.

Lo mágico, lo misterioso, lo maravilloso, tienen cabida dentro de la palabra en el juego del lenguaje religioso: su uso la impregna de "sobrenaturalidad". La palabra quiere expresar un estado de cosas que se centra en el deseo de trascendencia humana y por ello aunque dé cuenta de un deseo -que existe-, no representa literalmente algo dentro del mundo -por lo menos físicamente-. "Para el creyente tiene un significado que trasciende el uso ordinario del lenguaje y no puede traducirse a él (...) Es, por consiguiente, un intento de extender los límites del lenguaje y decir lo que no se puede decir."(Barrett, 1994, p. 179)

Significar las palabras dentro de la creencia religiosa, implica hacer real su poder de transformación en el contexto místico-mágico que se construye alrededor de las creencias religiosas. Es la posibilidad de traer mediante determinada palabra, una parte energética de lo que hay en ese mundo trascendente que supera las fronteras del entendimiento humano y su alcance.

"El mundo secreto de la divinidad es un mundo de lenguaje, un mundo de nombres divinos que se despliegan según sus propias leyes. Los elementos del lenguaje divino aparecen como las letras de la Sagrada Escritura. Las letras y los nombres no son sólo medios convencionales de comunicación. Son más que esto. Cada uno de ellos representa una concentración de energía y expresa una variedad de sentido que es absolutamente imposible de traducir, al menos exhaustivamente, al lenguaje humano." (Scholem, G. 1978, p. 39)

Si la palabra es el vínculo con la divinidad, entonces el silencio corresponde su significado hacia ese uso. Dios es la palabra y mediante esa palabra lo humano puede comunicarse con él, pero cuando el lenguaje no es suficiente para dar cuenta de lo innombrable, entonces el silencio toma su parte protagónica dentro de la mayoría de las religiones. "Mientras el silencio es tal vez comúnmente considerado como la ausencia del discurso o del sonido, dentro del contexto religioso, el silencio toma varios significados y múltiples roles" (Stout, 2006, p.406).

El silencio es la culminación de la palabra, si no se puede hablar de algo es preciso callar. La experiencia religiosa trae consigo el silencio interior del creyente que debe encaminarse hacia la verosimilitud de lo que no puede ver y de la comunicación con ese Dios que sólo puede ser real dentro de sí mismo en el silencio. "El lenguaje sólo puede ocuparse significativamente de un segmento de la realidad particular y restringido. El resto -y, presumiblemente, la mayor parte- es silencio" (Steiner, 1982, p.45).

El conocimiento de la escritura, permite que este tipo de experiencias sean más fáciles de reproducir, las grandes tradiciones religiosas introspectivas le deben su popularidad a la escritura y a la reproducción de los textos sagrados (Ong, 2006, p.106). Gracias a la posibilidad de la lectura personal pero también grupal de dichos textos, los rituales dentro de la religión cristiana se hicieron masificables.

La palabra escrita de un texto sagrado se cifra en el terreno de lo mágico. Al leerla en voz alta o en silencio, es Dios quien habla a su lector. La escritura desencadena el evento mágico de conexión con el plano divino y este tipo de comunicación es la que se desata dentro de lo religioso. Hay un tipo de retroalimentación pero centrada en la dirección del lector. Dios habla mediante su texto sagrado dando una información trascendente a quien lee, quien hace silencio interno para entender el significado de las palabras divinas⁶ codificadas y luego retroalimentar dicha información, no hacia Dios sino hacia su vida misma.

La interacción entre Dios que habla mediante su palabra sagrada consignada en un libro y su lector, es complementaria, pues las enseñanzas encerradas en dicha lectura, evidentemente tienen la intención de modificar la conducta del creyente, quien sabe poco de cómo alcanzar la salvación, mientras que la posición superior de Dios implica el conocimiento absoluto para que el fiel trascienda y se comunique con la divinidad.

Ahora bien, esta palabra estática dentro del libro sagrado es lo que nos da oportunidad para hablar del ritual y su intención de conmemorar hechos o sucesos que tuvieron que ver con la comunicación directa con Dios en un principio y que siguen perpetuándose en el tiempo para que el creyente siga esos mismos pasos y además experimente más profundamente su relación con Dios.

El hecho de conmemorar un suceso⁷, implica la preservación de la identidad dentro de una cultura que tiene específicas creencias acerca de su espiritualidad. Cuando los cristianos saben cómo y en dónde pasaron los eventos que marcan su creencia religiosa, entonces es posible que ello derive en un ritual. El ritual evoca y recrea situaciones o personajes que simbolizan un valor espiritual que debe recalarse dentro de la comunidad mediante la conmemoración constante en el presente que

⁶ Que muchas veces son dadas en parábolas o mediante símbolos, porque el lenguaje divino no es tan claro como el humano. Aunque es Dios quien habla, no conocemos su dialecto y él traduce a lengua humana sus enseñanzas, pero no es un mensaje directo y claro, está lleno de codificaciones que deben ser reflexionadas para la salvación del creyente.

⁷ Es el mismo momento en que un juego del lenguaje se hace costumbre y afecta generaciones enteras de creyentes que tienen esa conmemoración como forma de vida.

certifica su importancia para la vida del ser humano (Stout, 2006, p. 80). El ritual es una ceremonia donde se da cuenta de la función existente entre los antecedentes de un pasado simbolizado por la comunicación con Dios, y un presente que revive dichos eventos para reafirmar su significado.

Es prudente entender y diferenciar la configuración del ritual respecto a nociones como culto y rito, que aunque están estrechamente relacionadas, no son lo mismo. Particularmente el culto es dar un grado de honor y veneración a lo que se considera divino. El rito se refiere más a la acción, particularmente a repetir dicha acción dotándola de un significado sobrenatural de eficacia comunicativa con la divinidad. Un ritual está lleno de ritos, de actos significativos conectados para producir una conexión determinada con la divinidad, pero amplificada frente a la que se obtiene mediante el rito. “[...] el creyente que practica un ritual o participa en él está convencido de su eficacia a causa de la presencia en él de la divinidad, la cual posibilita en la praxis ritual la unión eficaz de una *acción* (rito) con un sentido.” (Duch, 2001, p. 186)

La puntuación y organización de los actos que se dan dentro del ritual, permiten que el pasado se codifique simbólicamente para volver al presente. Hay entonces unas reglas determinadas para articular y significar el ritual. Ahora bien, como el lenguaje dentro de la comunicación con la divinidad no es suficiente, entonces el silencio dentro del ritual es percibido con mayor razón como la comunicación espiritual con Dios, el silencio es la experiencia de unión con el plano trascendente que no puede ser traducido por palabras.

“En el contexto religioso, el silencio puede así expresar lo que no puede ser atrapado dentro de la red del lenguaje, pues no puede ser captado enteramente por la mente humana y por lo tanto no puede ser pronunciado por la lengua humana. Eso que es sagrado es inefable” (Stout, 2006, p.407).

El silencio es sagrado dentro del ritual. Es claro que también está dotado de su condición normal de conexión con el yo y la reflexión del texto ya sea leído o escrito. Pero la carga significativa de sacralidad que lleva dentro de sí mismo al estar inmerso dentro del juego del lenguaje religioso, hace que ese silencio que apela a la reflexión sea más onda, trascienda al alma del lector o llegue a la absoluta transformación de la conducta. El espíritu sagrado del silencio es el conector que posibilita la experiencia entre la inefable expresión de Dios y el místico creyente.

El hecho que dentro del ritual participen varias personas y que la palabra y el silencio sagrados se hallen presentes, crea una unidad de grupo. A diferencia de la oralidad primaria, la que iba antes del conocimiento de la escritura, la oralidad secundaria, que implica el conocimiento y la experiencia de lo escrito, hace que la unión grupal sea más fuerte, pues se trata de individuos que ya han tenido experiencias introspectivas y que ahora quieren compartirlas y sentirse parte de una situación mística conjunta con sus semejantes.

“En nuestra época de oralidad secundaria tendemos, deliberada y sistemáticamente, a organizarnos en grupo. El individuo considera que a él o a ella, como individuos, debe interesarles todo lo social, (...), nosotros tendemos hacia lo externo porque hemos buscado el interior” (Ong, 2006, p.134).

La creación de mundo mediante los sentidos es lo que une a las sociedades tribales, pues la existencia se basa en la búsqueda de experiencias conjuntas y en la relación con el otro ligándose mediante ese mundo creado con la palabra como conector. El ritual dentro de las culturas de oralidad secundaria, tiene una gran carga de éste tipo de experiencia conjunta, de sensación de grupo, pues aunque muchos de los momentos impliquen leer palabras escritas, la oralidad y el performance hacen parte explícita de la conmemoración mediante el ritual.

Recordando a McLuhan, este ritual dentro de la oralidad secundaria, permite volver al sistema cerrado, pues los actos que provienen del ritual apuntan a ser intersensoriales, a tantear mediante más de un sentido. Es claro que depende del tipo de ritual que se celebre, pero hay pautas que implican hablar, ver, oír, sentir –no necesariamente un sentir físico o táctico, sino sentir introspectivamente-, oler. Así, este ritual apunta a la experiencia que rebasa los sentidos, a lo místico.

Con la difusión del cristianismo que fue en parte posible gracias a la tecnología de la escritura y su masificación fue efecto de la imprenta. Toda la magia y lo sagrado que acompaña a la palabra ritual, quedó encerrado en el libro y la forma de desatar o decodificar aquella sacralidad es mediante la lectura. Para ello es necesario retomar la oralidad y la lectura de un texto sagrado dirigido a una agrupación de personas, pues tiene ese poder que encanta y une a los seres humanos en torno a una creencia, dándole la validez mágica al texto como efecto de la creencia colectiva. “En el cristianismo por ejemplo, la biblia se lee en voz alta en las ceremonias litúrgicas, pues siempre se considera que Dios "habla" a los seres humanos, y no les escribe” (Ong, 2006, p.78). Es entonces a Dios a quien se decodifica cuando se lee el texto sagrado –la biblia- y por contener las palabras de Dios, ese libro sagrado es un artefacto que se trata con respeto.

La contemplación que reside dentro del ritual, se hace necesaria para que los creyentes y participantes puedan tener raíces dentro de su sociedad. La identidad permite que el mundo se configure de una determinada forma y el ser humano interactúe en sus rituales con naturalidad. Así, el silencio dentro del ritual católico, abre las puertas hacia el vínculo directo e inexplicable con Dios. Hablar está relacionado con la cotidianidad, con lo mundano y con la experiencia carnal. En los rituales la búsqueda espiritual está más que latente, es una necesidad, pues ese es su propósito y aunque la palabra utilizada dentro del ritual es una palabra sagrada, la verdadera posibilidad de exploración de lo sagrado se encuentra en el silencio. Las palabras sagradas son finalmente la

traducción que Dios utiliza para hablarnos en nuestra propia lengua, pero no constituyen el lenguaje real de la divinidad, inentendible e inexplicable para el hombre, mas el silencio es la parte del lenguaje que más se aproxima hacia eso que es inentendible. El silencio supera la carnalidad humana presente en la palabra y va directamente hacia el encuentro con Dios (Sim, 2007, p. 65).

El uso del silencio dentro del juego del lenguaje ritual se da como camino hacia la luz de Dios, es decir que muchas veces dentro de ese ritual, el silencio es el momento cumbre de la presencia de Dios, de su manifestación o de la comunicación con él. Silvia Montiglio hace clara referencia de cómo dentro del cristianismo, el silencio permite experimentar el sentimiento de una verdad inefable, que sólo puede preservarse y enfocarse más allá de las palabras. En ese contexto mental, el culto silencioso es la forma menos imperfecta como se le puede rendir homenaje a Dios, quien desconcierta las múltiples operaciones del lenguaje. El único lenguaje verdadero para hablar con Dios y acerca de Dios es el silencio (2000, p.9).

Dentro de los pasos o puntuaciones de la comunicación que es establecida en el ritual, el silencio es la oportunidad de concentrar la atención para relacionar el evento que se conmemora con la vida propia para que así, de la reflexión que se produzca, pueda existir un cambio en la conducta. De ésta forma se produce una retroalimentación dentro del ritual, instituyendo una comunicación circular. Pero en otros momentos puede simplemente apaciguar la mente y el alma para que sea más fácil vivir la experiencia mística, al enfocar el espíritu y alejarlo de los afanes terrenales. “El silencio se convierte en la llave de la espiritualidad, algo que debe ser buscado activamente por las personas que pretendan una seria devoción” (Sim, 2007, p. 72).

El ambiente silencioso, se hace necesario para alcanzar el silencio interno. Aún estando en grupo, el silencio es un momento del ritual que debe realizarse conjuntamente ya que la experiencia se maximiza y genera una identidad espiritual y grupal. Los creyentes unidos en una búsqueda hacia el interior para encontrar a Dios tienen la certeza de ir acompañados y la fuerza de la colectividad hace más eficaz la presencia de Dios en la multitud. La conducta del grupo valida la conducta del individuo y la significación del uso del silencio.

La conducta silenciosa del creyente, acogiéndonos a la teoría pragmática presentada por la escuela de Palo Alto, implica un aspecto conativo y uno referencial dentro del ritual católico, es decir dentro del proceso de comunicación. Básicamente la comunicación se encamina hacia el plano divino desde el plano terrenal. Así pues, el aspecto conativo es relacional y específicamente se refiere a la forma de entender la comunicación. El silencio, que ya hemos explorado que ha definido su uso, debe ser entendido como búsqueda espiritual y conexión con Dios. El aspecto referencial, se

encamina hacia los datos transmitidos de la comunicación y es comprendido como el contenido. El contenido cambia según sea establecido en alguno de los momentos del ritual. Y es aquí donde se constituye la diferencia de las significaciones que puede tener el silencio dentro de un mismo ritual, pues su significado depende del contenido. Obviamente tiene un uso establecido general dentro del ritual, pero dentro de las reglas propias que sigue el ritual, hace que aunque lo conativo pueda seguir idéntico, lo referencial cambie, haciendo cambiar todo su significado dado por su uso. Así, si lo referencial implica una petición personal, el significado del silencio es muy distinto que cuando se guarda silencio porque la energía divina trasmuta el vino en sangre. Entonces la conjugación de los aspectos conativos y referenciales, pueden darnos la clave del uso específico que se otorga al silencio en determinados momentos.

El ritual se vive en comunidad, en relación con el otro. El ritual cohesiona a los grupos porque su uso reiterado lo vuelve costumbre y la costumbre deviene cultura. Las creencias cristianas y por ello católicas se conformaron mediante la difusión del mensaje de Jesús y gracias a los rituales que conmemoraban los eventos de la venida de Jesús y los hechos posteriores. Todo ello reposado en el nuevo testamento de la Biblia. Entonces la Biblia es el manual para el ritual católico. Los ritos conmemoran muchos de los momentos que testifican las palabras consignadas allí. Es el ritual el que conecta la oralidad con la escritura y unifica al grupo en torno a la creencia de un Dios. Un Dios que se encuentra mediante el silencio, pues es el único lenguaje más cercano al divino.

La conducta de los participantes del ritual está influenciada por todos los símbolos traídos del pasado, que en el presente serán revividos. Las reglas para entrar dentro del ritual son puntuales y se entrelaza una mezcla de comunicación analógica y digital. Las reglas configuran el juego del lenguaje ritual pero también adiestran a quienes deben seguirlo. “No sólo se nos exhorta a comportarnos de un cierto modo, sino que además se nos da un modelo concreto de cómo hacerlo.” (Barrett, 1994, p. 183) Cada acción, cada palabra, cada silencio traspasado por lo sagrado, por lo inefable, por la experiencia mística y el encuentro personal y grupal con Dios. Es en el silencio dentro del ritual, al abandonar la palabra porque no basta para describir la experiencia, cuando Dios puede manifestarse.

CAPÍTULO 3

A. Introducción

Es momento de abordar los principios del catolicismo y entender los fundamentos que constituyen esta apropiación del cristianismo como un juego del lenguaje cultural que se expresa mediante juegos del lenguaje ritual que utilizan al silencio como potenciador de la comunicación entre Dios y sus creyentes.

B. Ritual católico y fundamentos católicos.

Cuando el creyente católico está dispuesto a jugar el juego del lenguaje religioso, ha decidido adoptar la forma de vida explícita para relacionarse con el mundo y especialmente para establecer una conexión espiritual con Dios.

La experiencia mística católica sustenta su propósito en la vida del creyente al recrear los momentos más importantes de la vida de Jesús que comprometen la fe del católico con su mundo exterior, con Dios y con la iglesia. El ritual hace parte del plan de salvación –que ha sido instituido por Cristo, al estar basado en sus acciones- mediante el cual la humanidad se une con Jesucristo resucitado y así logra a una verdadera comunión con Dios.

Los rituales sagrados revelan al creyente la presencia de Dios a través de toda la creación y actividad humana, que promueven el servicio, el amor mutuo y el sacrificio, pues es en la relación con el otro como se celebra la omnipresencia de Dios y la naturaleza comunitaria del catolicismo.

El catolicismo configura una forma de vida en que todo el universo está saturado con la presencia de Dios y esta presencia atraviesa todos los aspectos de la vida humana. La doctrina católica toma como ejemplo la necesidad de los apóstoles de propagar el evangelio a grandes voces, en lugares concurridos. Mediante este fundamento, también es evidente cómo el catolicismo se construye como una religión basada en la oralidad que luego se soporta en la escritura –la Biblia- y especialmente en el nuevo testamento que se basa en la vida de Jesús y su forma de servir a los demás. Cuando está escrito el mensaje de Dios es más fácil difundirlo y cumplir con la misión que impone Jesús a sus apóstoles: transmitir el evangelio porque es la manera de compartir la alegría de la presencia de Dios que impregna la totalidad del mundo con el prójimo.

El principio *Lex Orandi, Lex Credendi*, sustenta y describe la conexión entre la forma conceptual del catolicismo y su expresión pública. El uso de rituales dentro del catolicismo ha sido casi tan importante como el uso de la Biblia, puesto que ambos han conformado esta forma de vida y

experimentación del cristianismo desde sus inicios, ya que en el desarrollo del cristianismo se abre una brecha entre las diversas formas de vivir el evangelio y se produce una división para experimentar la fe, que se especifica según diferentes denominaciones cristianas. “El catolicismo conserva el énfasis en la expresión comunitaria, mientras que otros se centraron en la relación interna y privada con Dios a través de la persona de Jesucristo” (Stout, 2006, p.63).

La ley de la oración establece la ley de la fe (Lex Orandi, Lex Credendi). Orar implica ritualidad, pues es instaurar comunicación con Dios mediante ciertas pautas –redundancias en la comunicación– instituidas desde el evangelio y conmemoradas de una determinada forma mediante la religiosidad católica. Las reglas según las cuales el creyente logra una comunicación efectiva con Dios, establecen lo que él cree y su forma de vida. El magisterio que realiza la iglesia católica brinda un juego del lenguaje pautado para que el creyente viva la fe y viva “la manifestación de la presencia continua de Jesucristo resucitado” (Fournier, 2010, p.2).

El acto ritual, la liturgia, sumerge profundamente a los creyentes dentro del misterio de Dios que supone “la presencia activa de las realidades divinas en la vida de los fieles” (Morrill, 2006, p.9). Es decir, que la iglesia garantiza con su rito este encuentro de realidades, la divina y la humana, en el momento que se practica y además, intenta extender dicho momento fuera de la iglesia, en la continuidad en la vida cotidiana de los creyentes, constituyendo el uso como costumbre.

Para captar la esencia del ritual católico, es preciso hablar de la sacramentalidad católica. Lo sacramental es una categoría teológico-hermenéutica para comprender cómo la realidad profunda y trascendente de Dios usa como medio de expresión la realidad exterior. La teología reciente ha estudiado y planteado a Jesucristo como gran sacramento original del cual se deriva la sacramentalidad de la iglesia católica y de los siete sacramentos específicos.

“De esta forma la sacramentalidad se manifiesta como la categoría teológico-hermenéutica por excelencia para expresar la economía reveladora centrada en Jesucristo, como sacramento originario, a través de su Iglesia, como sacramento fundamental, y de cada uno de los sacramentos concretos, como realizaciones actualizadoras del sacramento fundamental”⁸.

La preponderancia de lo sacramental radica en que Dios está disponible a través de toda realidad, razón por la cual el ser humano y lo divino están integralmente vinculados. Así, el catolicismo se articula y se nutre de la idea sacramental pero también es preciso mencionar dos de sus principios teológicos adyacentes mencionados en la *Encyclopedia of religion, communication, and media*: la mediación y la comunión. La mediación implica la percepción de que Dios actúa y está presente a

⁸ “Sacramentalidad: categoría hermenéutica eclesiológica” [En línea] Disponible en: <http://www.mercaba.org/DicEC/S/sacramentalidad.htm>

través de causas secundarias y no directamente, siendo así el silencio el mejor aliado de Dios. La comunión hace referencia a la idea de que mientras Dios está presente particularmente para cada ser humano, el encuentro divino-humano es fundamentalmente comunitario, siendo mediado por la experiencia de la comunidad y no simplemente como una experiencia individual o privada (2006, p. 64). Como un juego del lenguaje, el catolicismo da coordenadas específicas para experimentar místicamente junto con el otro, ampliando la experiencia mística individual a grupal.

El carácter comunitario del catolicismo estructura toda la fe practicada en la iglesia. De hecho el uso de la palabra iglesia ya implica la congregación de los fieles practicantes de todo el juego del lenguaje católico, pues los que están dentro de la iglesia ya han sido bautizados y por ende hacen parte de este cuerpo que ha sido llamado por Dios para reconocer la potestad de Jesús en el testimonio y en el servicio “y a través del poder del Espíritu Santo para colaborar con la misión histórica de Jesús por el bien del reino de Dios” (Stout, 2006, p. 65).

La iglesia impregnada por el principio de sacralidad (Dios está disponible a través de toda realidad) celebra sus ritos en comunidad para incrementar esta presencia de Dios, pues el momento ritual es una realidad llena de símbolos que, mediante la conducta comunitaria, conmemora pero también traen al presente la manifestación de Dios –mediante la redundancia implícita del ritual-. Cuando la iglesia celebra alguno de los siete sacramentos, está unificando su experiencia con la de Jesús y con este acto logra una vinculación real con Dios.

La vida litúrgica en el catolicismo determina como forma de vida la experiencia de siete sacramentos o encuentros rituales con Dios. Todos ellos se enmarcan en la proclamación del evangelio que transmite el mensaje de Jesús. Los sacramentos se dividen en tres categorías constituidas por su naturaleza. Los sacramentos de iniciación son el bautismo, la comunión y la confirmación. Los sacramentos de curación son la penitencia y la unción de los enfermos. Los sacramentos de servicio a la comunidad son el matrimonio y el orden sagrado. La vida del creyente católico está inmersa en un juego del lenguaje puntuado por los eventos más importantes de la vida de Jesús, cada etapa su vida, sustentada en los evangelios, es una pauta para que el católico proyecte su manera de vivir y su relación con los demás.

Hagamos entonces un breve recorrido por los sacramentos para captar su intención en la forma vida del creyente que obtendrá nuevas funciones y deberes frente a su comunidad.

El bautismo es el punto de partida para jugar este juego del lenguaje. El rito bautismal es la iniciación en la comunidad. Al ser bautizado el creyente es liberado del pecado y regenerado como hijo de Dios, además ello le abre la puerta para poder participar de los demás sacramentos y de la vida

dentro de la comunidad católica. El sacramento de la comunión o eucaristía es el más importante de los siete sacramentos, es el que culmina la iniciación cristiana, pero también el que compromete al creyente con su fe. La confirmación es el sacramento final de iniciación, ya que compromete la voluntad del creyente a hacer parte de la iglesia. El fiel se une íntimamente con la Iglesia y con los sacramentos para estar activo con la comunidad.

El sacramento de la penitencia que implica necesariamente la reconciliación, supone un proceso personal –este rito es especialmente regulado para realizarse en privado, aún cuando predomina en la iglesia el ritual comunitario- en el que el creyente se arrepiente declarando sus pecados y luego recorre ciertas penitencias para repararlos. La unción de los enfermos conecta la oración del creyente con la necesidad de las personas enfermas. Toda la iglesia encomienda a los enfermos a Dios para que sean aliviados y sanados.

El matrimonio se considera sacramento porque implica servir a la comunidad al realizar una alianza heterosexual para constituir un hogar y brindar a la sociedad una descendencia caritativa. El orden sagrado se liga directamente con la misión que da Jesús a sus apóstoles de transmitir el evangelio y guiar en la fe a los cristianos. Por ello es el sacramento del ministerio apostólico y comprende tres jerarquías: el episcopado, el presbiterado y el diacono.

Los siete sacramentos evidencian la intención del catolicismo de encontrar unidad entre el mundo humano, la persona histórica de Jesús y Dios. Así, además debe estar encaminada la forma de vida del creyente que opta por esta fe católica. Estos rituales implican juegos del lenguaje pautados rigurosamente para celebrar y dar valor a las creencias que afirman los principios centrales del catolicismo mediante lecturas, reflexiones, silencios, simbología y transubstanciación.

Los sacramentos sitúan a los creyentes en el trabajo de salvación –experiencia mística cumbre católica- que la muerte de Cristo y su resurrección instauraron, trayendo al presente y a sus vidas la transformación necesaria para que esa salvación, que es susceptible de ser perdida en cualquier momento, sea obtenida meritoriamente.

El Cristianismo y por ende el Catolicismo considera la naturaleza del ser humano como pecadora. Aunque el creyente siga con fervor la forma de vida católica –o cualquiera cristiana- está en constante peligro de caer en la tentación. Por ello es necesario que el creyente comprometa su vida entera con la religión, pues es la única forma de obtener ayuda terrenal para superar los obstáculos que se le presentarán en el camino de salvación.

Dentro del ritual, Dios se revela y se expone al creyente para hacer parte de su presente y de su vida. El juego del lenguaje católico es validado por la comunidad, al configurarse como costumbre y esa unión en la fe permite que la revelación de Dios se magnifique y potencie su intervención todopoderosa en la vida humana.

C. La Iglesia y el silencio.

La iglesia es el lugar litúrgico por excelencia del catolicismo. La palabra hace alusión tanto al lugar físico para reunirse pero también desde comienzos del cristianismo, se refiere a la congregación de personas que se unen para orar y adorar a Dios. Todas las sedes de la iglesia católica configuran la forma de vida al vivir este modo de cristianismo en comunidad.

El poder de convocatoria religiosa y espiritual de la iglesia, radica en que es un lugar colmado de la energía de la oración comunitaria. Tanta simpatía por orar junto al otro, tiene sus implicaciones en una forma de comunicación propuesta en la teoría de la escuela de Palo Alto, la comunicación simétrica. Dentro del juego del lenguaje espiritual, es claro que el creyente está en desigualdad comunicativa porque confía en la información que le proviene de fuentes divinas, codificadas y en las que debe reflexionar para lograr su salvación. Ahora bien, el creyente frente a los demás creyentes establece una comunicación en igualdad de condiciones dentro del juego del lenguaje religioso.

La conducta es recíproca porque todos los fieles son hermanos en la fe y ello supone en su comunicación un acompañamiento fraternal ante las vicisitudes de la vida y una devoción muy similar a Dios y a sus enseñanzas. Las personas pertenecientes a comunidades religiosas –clérigos, monjes, monjas-, suelen ser considerados en la comunidad como personas de mayor entendimiento de los saberes divinos gracias a su preparación en estos temas. Así, la comunicación con ellos tiende a ser complementaria, pues hay una posición superior ante el conocimiento de la cuestión espiritual.

La comunicación que se establece con Dios mediante la oración, puesto que es la única forma en que se puede hablar con Dios, y es uno de los principios instaurados por Jesús, es estrictamente complementaria, pues es la conducta de Cristo –con su naturaleza divina e inalcanzable para la humanidad- la que adiestra el juego del lenguaje católico y todo su misterio es recorrido por los fieles con obediencia y asombro.

El fiel glorifica a Dios mediante la oración y a su vez conversa con él dando gracias y ofreciendo perdón por sus malos actos, pide la protección divina y la ayuda ante las adversidades del mundo. La retribución de Dios es brindar al creyente el amor paternal que concede favores, protege y da

fortaleza, establecer comunión con Jesucristo y su salvación, y obtener la compañía del espíritu Santo para el buen discernimiento ante el mundo. La oración se establece como un micro juego del lenguaje donde la actitud de recogimiento, el silencio y la disposición interior del creyente regulan y estructuran este juego.

El creyente no solo está llamado a explorar su espiritualidad en comunidad dentro de los actos rituales o sacramentales, también puede recorrer individualmente su conexión con Dios mediante la oración. Para tales fines, las iglesias disponen de horarios de apertura al público donde no se celebran rituales sino que cualquiera puede acudir a la iglesia buscando el lugar sagrado para realizar una oración personal en silencio. Aún estando en soledad de oración, el creyente sigue estando en compañía de su comunidad, se ora a los ojos del otro, cuestión que hace más efectivo el contacto con Dios, pues la experiencia mística se engrandece tanto por el silencio como por la compañía de los demás feligreses.

Este tipo de silencio que implica la oración silenciosa que se vive en comunidad permite que el silencio interior sea compartido y unificado con el silencio de los demás creyentes, y aunque cada uno está estableciendo una relación particular con Dios, la reunión en torno a la fe magnifica la presencia de Dios en el escenario y posibilita una mayor conexión con el plano espiritual.

La iglesia es un lugar que incita al silencio. Se parte desde la función comunicativa de respeto porque es la casa de Dios y el fiel es súbdito y debe comportarse adecuadamente para agrandar a su Señor. La naturaleza de la relación entre el creyente y Dios supone que hay una relación de subordinación del creyente con Dios. Se está bajo el cuidado y la protección del Señor, por ello se le llama Padre o Señor, pues él es quien tiene el poder del conocimiento acerca de todos los aspectos de esta vida y de la otra, ejerciendo una superioridad que sustenta la forma de vida del católico. Es entonces necesario mostrar respeto mediante el silencio cuando se visita el lugar donde habita y se celebra la presencia de la divinidad.

La atmosfera que se respira dentro de la iglesia tiene que ver con la sumisión que el creyente asume ante su Dios. La naturaleza todopoderosa de Dios deja sin palabras al creyente que rinde un homenaje a la omnipresencia divina callando para sumergirse en el deleite del contacto de su humanidad con lo celestial. Ahora bien, el silencio también cumple la función de respeto hacia el otro, evidenciando los principios de amor fraternal, en donde el creyente respeta la contemplación personal de sus hermanos y con su silencio potencia ese aire de sacralidad y de conexión espiritual.

El micro juego del lenguaje que configura la oración es la articulación de una comunicación con la divinidad que atribuye al creyente la capacidad de pedir –favores, paz, consejo- a su Padre celestial

que con su poder divino cuenta con la autoridad para conceder cualquier cosa que se le pida y que se sustenta con el principio de sacralidad (Dios está disponible a través de toda realidad). Entonces esta conversación que es sostenida con Dios se regula con el silencio para hallar tranquilidad interior y hacer mejor contacto con Dios. Ese silencio del creyente implica reflexionar sobre la vida propia y exponer al Señor cualquier eventualidad humana que el creyente quiera con la transparencia y humildad que conlleva hablar con la verdad.

Como en la oración el creyente está seguro de que Dios le escucha, le entiende y le atiende, esa conversación silenciosa también supone un silencio celestial. Es decir, que el creyente sabe que no recibirá respuesta fáctica de la voz de Dios pero el silencio divino significa que Dios presta cuidadosa atención a las peticiones de sus fieles, brinda consuelo y resuelve cualquier situación con su poder celestial.

La lectura que permite hacer la Escuela de Palo alto al micro juego del lenguaje que se establece mediante la oración, implica que los aspectos del silencio, conativos y referenciales, establecen una función variable en tanto la intención del creyente lo indique.

El aspecto conativo o relacional dentro de la oración y en general en el juego del lenguaje religioso es claro y poco variable, hablamos de la forma como se establece la comunicación y es seguro que el creyente establece comunicación con lo religioso por una búsqueda o inquietud espiritual, enlazada con la experiencia mística, donde él es quien permite y potencia esta comunicación pero además, es básicamente de quien depende.

Sin creyente no hay ritual ni la presencia divina es manifiesta, pues se establece mediante la forma en que el creyente establece su espiritualidad y se relaciona configurando su mundo para que toda su realidad sea comunicación con Dios.

El aspecto referencial o el contenido, es el que en este caso nos permite entender la función del silencio en esta experiencia religiosa, pues es la que transmite los datos de la comunicación, explícitamente refiriéndose a la intención del creyente, cambiando completamente la dirección final hacia la cual se dirige el juego del lenguaje. El uso del silencio corresponde entonces como la pieza que cohesionan todo este engranaje espiritual.

Volviendo con el micro juego del lenguaje que constituye la oración, este está inmerso y depende de un juego del lenguaje mucho más grande y poderoso el cual es el juego del lenguaje religioso. La oración como micro juego del lenguaje contiene en sí mismo la flexibilidad de conjugarse con otros micro juegos del lenguaje. La oración en el catolicismo es el aporte personal a todo este fervor

comunitario y es necesario porque el creyente primero debe estar convencido en su intimidad de su forma de vida, para que frente a su comunidad su conducta sea legítima.

Entonces es claro que al referirnos a la intención del creyente hablamos del aspecto referencial y que conjugándolo con el aspecto conativo aclaramos la función establecida entre estos dos elementos dilucidando la función determinada de un elemento dentro del micro juego o incluso del mismo micro juego del lenguaje.

Orar con la intención de pedir consuelo u orientación, supone una necesidad de obtener tranquilidad a las tribulaciones mundanas. La conexión que se establece implica silencio interior para aclarar la mente y decidir qué se va a pedir, y silencio después que se ha hecho la petición porque Dios es un padre silencioso, que escucha a sus hijos y actúa sutilmente en sus vidas según el principio de mediación.

La recompensa de la oración acá es terminar esa comunicación con la divinidad con la plena convicción de protección y solidaridad con la causa. Ello explica porqué en lugares de gran tensión como hospitales y cárceles pueden existir iglesias o capillas como lugar silencioso donde los creyentes se pueden refugiar para encontrar la paz y tranquilidad que no encuentran en el mundo. Además son dotados de fortaleza interior y claridad mental, siendo efecto de la oración silenciosa que brinda fuerzas y clama para afrontar las situaciones más extremas.

El escenario silencioso permite establecer más fácilmente un silencio interior en el creyente. Esta capacidad de tomar una pausa frente al mundo y dar un respiro al alma es lo que otras religiones catalogan como meditación. Es con serenidad que se alcanza el silencio interior, con el que se posibilita la claridad mental y la revelación de soluciones esenciales al detener todo el tráfico de información que revolotea en la cabeza de los seres humanos.

La capacidad de hacer silencio en un lugar público, la Iglesia, es potencializado por ese silencio sacro que habita en dicho lugar litúrgico. La regla del silencio se vuelve costumbre y por ello muchos no notan que donde nadie puede hablar en un tono de voz alto o normal, se incita el silencio que traspasa el interior y logra llegar al exterior. La escasez de ruidos internos permiten relacionarse distinto con los sonidos externos. El creyente dentro de la Iglesia en silencio capta con cierta distancia los ruidos de la calle. Los alrededores no parecen tan caóticos sino que se logra apreciar de una manera casi idílica el reconocimiento de sonidos cotidianos que pierden su belleza en el acelerado y distraído mundo cotidiano.

Ante la posibilidad de hacer silencio interno, pausando los pensamientos propios y acceder a la relajación, los sonidos externos se magnifican con ese silencio que permite agudizar el sonido y contemplarlo. Así es la trascendencia posible de este micro juego del lenguaje ritual.

El efecto de pausar el exterior permite al creyente descansar la mente. Es por ello que la sensación de energía vital renovada sólo se logra en el silencio. El creyente saldrá con la sensación de purificación y novedad (recuperación mental y física) que sólo ofrece el descanso mental, además ratifica a la iglesia como escenario perfecto del silencio, elemento necesario para este micro juego del lenguaje religioso que evidencia la necesidad e importancia del silencio dentro de la creencia católica.

D. La misa y el silencio.

La misa es el ritual más importante del catolicismo al expresar y resumir con mayor fervor e juego del lenguaje católico. La misa es el ritual dentro del cual se produce la Eucaristía, el sacramento cumbre del catolicismo, pues allí se consagra al pan y al vino para conmemorar la muerte y resurrección de Cristo quien se hace presente mediante la transubstanciación de estos elementos convirtiéndose el pan en su cuerpo y el vino en su sangre.⁹ La magnitud y consolidación de la presencia de Jesucristo dentro de la Eucaristía, reconoce el gran amor de Dios al entregarse a los hombres, morir por sus pecados, extenderles la posibilidad de la salvación y brindarles su compañía a través de ese camino.

Todos los demás sacramentos hacen un recorrido hacia la Eucaristía y se potencian en ella. La Misa como juego del lenguaje contenedor de esta, se incorpora dentro de los otros sacramentos, que son también juegos del lenguaje, convirtiéndose así en el juego del lenguaje ritual mediante el cual es posible la conexión más eficaz con el plano divino. Para celebrar los sacramentos de iniciación y servicio a la comunidad se sigue una ruta de celebración que hace necesario el uso de una misa para

⁹ La transubstanciación, es el misterio (entendido como la forma maravillosa en la que actúa Dios) que se produce en el altar, donde la fe católica soporta la presencia real y verdadera de Jesucristo, al cambiar la substancia del pan por la substancia del cuerpo de Cristo y la substancia del vino por la substancia de su sangre mediante una fórmula sacramental que es pronunciada por el sacerdote que realiza la eucaristía. Como todos los ritos del catolicismo, este se basa en la información suministrada por el Nuevo testamento de la Biblia, donde antes de su muerte, Jesús instituye en la última cena dichos elementos, pan y vino, y con su palabra consagra y adhiere a ellos su divinidad: “Después tomó el pan, dio gracias, lo partió, y se los dio, diciendo: Este es mi cuerpo, el cual se da por vosotros; haced esto en memoria mía. Del mismo modo tomó el cáliz después que hubo cenado, diciendo: Este cáliz es la nueva alianza sellada con mi sangre, que se derramará por vosotros” Lucas 22: 19-20 (Biblia, 2001, p.1029). Todos los evangelios coinciden en este momento y en cómo Jesús mismo les pide a sus discípulos que conmemoren dicha cena, configurando una costumbre que se vuelve forma de vida.

hacer el respectivo honor, darle la relevancia y consagrar al sacramento que se oficia. En los sacramentos de curación, la relación con la misa no es tan directa pero sin duda tiende hacia ella. La confesión se hace necesaria para el perdón de los pecados, es dada por un sacerdote en nombre de Dios y su importancia radica para poder estar en paz con Dios e ir a recibir la Eucaristía que es el encuentro cumbre con la divinidad.

El catolicismo supone que el creyente cuenta con una voluntad débil contra las tentaciones que acechan en el mundo. Por ello es necesario que frecuentemente se encuentre en confesión para reconciliarse con Dios mediante la comunidad de la iglesia. Así, el creyente, puede acceder tranquilo a la comunión con Dios que le encamina a llevar una vida libre de culpas y que le permitirá dirigir su vida junto con la sabiduría del Espíritu Santo para que su voluntad se fortalezca.

El juego del lenguaje más flexible dentro del catolicismo es la misa, pues es el ritual por excelencia que funciona para consagrar todo acto de la vida de los creyentes. Esto implica tanto las situaciones religiosas –ya sean otros juegos del lenguaje como los sacramentos u otros momentos religiosos– como eventos y aspectos cotidianos–inauguración de casas, bendición de automóviles, graduaciones... etc.–, donde la bendición que se establece en la Misa, gracias a su significación compleja y poderosa, se extiende al mundo fuera de la iglesia. Evidencia contundente de la manera como la forma de vida opera consolidando la cultura mediante la costumbre.

La Misa como cualquier juego del lenguaje está regulada por reglas específicas que definen los usos para significarla. Tan regulada se encuentra y con puntuaciones tan precisas, que tiene tiempos y nombres específicos definidos en cada etapa que se abarca durante la ceremonia. Esto es enseñado en el catolicismo durante la catequesis, pues se debe tener el pleno conocimiento de cómo se practica dicho ritual, antes de tomar la primera comunión.

Tales momentos o partes de la misa, constituyen en sí mismo micro juegos del lenguaje, pues son pequeños rituales que se enmarcan en un juego del lenguaje más grande –la Misa– y que cobran sentido en relación con los demás micro juegos del lenguaje para componer entre todos la gran puesta en escena que es la Misa. El punto cumbre o núcleo de la misa, lo constituye el momento de la Eucaristía, porque el creyente debe recorrer ciertos pasos previos antes de lograr compartir la unidad con Cristo al tomar su cuerpo y su sangre. Este juego del lenguaje prepara al creyente para que pueda acceder al gozo espiritual junto con su comunidad para conformar la unidad con su iglesia. El juego del lenguaje católico siempre prefiere la experiencia grupal de la espiritualidad y el encuentro con la divinidad. La comunidad o la iglesia de Cristo en la tierra, enaltece la experiencia mística católica.

Antes de que la Misa inicie, es indispensable entender que toda esta puesta en escena que se va a realizar, ya sea en la iglesia o en otro lugar, necesita ofrecer la ambientación para que el creyente ubique en su entorno la sacralidad religiosa y por eso se disponen ciertos elementos en el lugar para que esto suceda.

Así el arreglo y la presentación del altar sitúan información y definición para que los creyentes, que se ubican enfrente a dicho altar, capten todo el espectáculo alrededor de este ritual. Por tal motivo, la Misa puede constituir, al retomar palabras de McLuhan, un “medio caliente” pues representa y recrea toda la información y definición que necesita el creyente para contemplar la vinculación entre el plano terrenal de la iglesia –como comunidad- y el plano de la divinidad con su trinidad presente. En la participación de la comunidad creyente dentro del ritual, hay muchísimos momentos de silencio donde su actividad tiene que ver con un mayor trabajo interno que como una actuación como mero público. La intervención de la comunidad está supeditada a ciertos instantes donde el uso deviene su actividad como asistentes en toda la disposición del acto ritual que se presenta como un performance al que se acude para la contemplación.

E. Estructura de la misa con las funciones de sus silencios.

El rito litúrgico de conmemoración de la última cena del señor tiene diferentes formas de ser practicado. Ello responde al proceso histórico de expansión del cristianismo y sus formas de apropiación en cada cultura. Dentro de Colombia y la mayoría de países Latinoamericanos, se sigue el rito romano o latino. La estructura de la misa que se analizará a continuación corresponde al rito litúrgico romano¹⁰ y toda su regulación.

Cuando nos adentramos y estudiamos el juego del lenguaje practicado en el rito litúrgico romano, descartamos las otras formas rituales de la misa porque sus puntuaciones o reglas cambian sustancialmente el juego del lenguaje, cambiando así los posibles usos y significados del silencio. También de esta forma evidenciamos cómo cada cultura se apropia de los juegos del lenguaje, los hace suyos y los significa de acuerdo a su herencia antropológica.

¹⁰ Dentro de los ritos litúrgicos católicos existen diferencias de acuerdo a las iglesias existentes que practican el catolicismo. Los ritos latinos corresponden a la Iglesia Católica de Occidente, siendo la que más adeptos tiene alrededor del mundo; comprende el rito romano dentro de los que es el más destacado, pero no es el único, todavía se conservan algunos ritos medievales más elaborados en su ejecución y los demás desaparecieron con el Concilio de Trento. Los ritos orientales pertenecen a la Iglesia Católica Oriental que reúne los ritos alejandrinos, antioqueños y sirio-orientales. Ambas iglesias reconocen la autoridad del Papa romano y por ello son consideradas católicas pero las orientales conservan su propia organización y sus rituales particulares.

Los fines de la Misa, objetivos como juego del lenguaje, según el Catecismo mayor de S. Pio X, cuestión 660; parte cuarta de los sacramentos, capítulo V -1º son cuatro:

1. Honrar a Dios. Latréutico.
2. Dar gracias a Dios por las gracias recibidas. Eucarístico.
3. Pedir perdón a Dios por los pecados, pagar ciertas satisfacciones por ello y orar por las almas de los difuntos. Propiciatorio.
4. Merecer los favores que sean necesarios. Imperatorio.¹¹

Entonces con estas premisas enseñadas durante el catolicismo, donde se le explica al fiel la forma de ejercer los rituales y su objetivo –la puntuación de la misa como juego del lenguaje y su participación dentro de los micro juegos del lenguaje que la conforman.-, el fiel se acerca a la iglesia -o al lugar que corresponda siempre y cuando esté dotado de los elementos sagrados- para contemplar la presencia de la trinidad católica en relación con la comunidad devota.

a. Ritos iniciales

Para dar comienzo a la misa, los creyentes se aproximan a la iglesia y aquí el silencio juega un uso primordial, cuando las personas entran a la iglesia callan en señal de respeto a su Dios que les recibe en su casa y se comunicará con ellos a través del acto litúrgico. Anteriormente se había mencionado como silencio de subordinación ante Dios, que opera en este momento de la manera ya señalada. Los practicantes del rito se santiguan -utilizando el elemento de comunicación analógica más importante del catolicismo y a su vez parte de los sacramentales¹²- en silencio, y el aspecto referencial indica que lo hacen, para abrir su alma preparándose al encuentro con lo divino, potenciar la bendición que recae sobre ellos y demostrar el compromiso de obediencia con Dios. Además es el encuentro de los creyentes con la comunidad como iglesia y cuerpo de Cristo.

¹¹ “Misa” (2011) [en línea], disponible en: <http://es.wikipedia.org/wiki/Misa#Fines>, recuperado octubre 29 de 2011.

¹² Los sacramentales son signos considerados sagrados que han sido instituidos por la Iglesia Católica. Pueden ser objetos o acciones, y mediante ellos se reciben efectos espirituales tanto en momentos de culto como en eventos de santificación de cualquier cosa. Por ejemplo son sacramentales el agua bendita, la bendición, cruces, rosarios, la señal de la cruz, etc.

a.1. Canto de entrada

Mediante el canto inicial ya sea del coro de la iglesia solamente o junto con el pueblo, se recibe al sacerdote quien camina entre los fieles hasta el altar para iniciar el rito. Este canto une al ministerio apostólico junto con el pueblo como la fórmula que realiza la celebración del acto litúrgico. Los creyentes aguardan en su puesto frente al altar con su actitud dispuesta a participar de una manera adecuada en cada momento que deban hacerlo. Si acaso los creyentes hacen silencio en esta parte, ello corresponde a cierto aire de expectación ante el comienzo de la celebración.

a.2. Saludo inicial

Tras terminar el canto de entrada y al estar el sacerdote posicionado en el altar, hace la señal de la cruz y dice su fórmula en voz alta –en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo- y los feligreses responden amén. Este saludo está orientado a llamar la presencia de Dios durante el acto y a establecer a la iglesia congregada en torno a la celebración. La participación de los fieles se limita a responder según las reglas de este micro juego del lenguaje. Los silencios en este caso responden a una participación puntuada donde los creyentes seden la palabra al sacerdote para que al callar este, ellos puedan hablar y completar la fórmula de invocación de la divinidad. Se abre además el canal de comunicación entre Dios y su iglesia.

a.3. Acto penitencial

Ahora el sacerdote invita a la comunidad a reconocer su naturaleza pecadora y a pedir perdón a Dios por ello. Después de las palabras de invitación del sacerdote, está establecido entre las reglas de este micro juego del lenguaje un silencio de algunos segundos que precede a la oración colectiva del “Yo pecador”. Este silencio referencialmente está relacionado con la preparación espiritual de admitir las faltas y contarlas a Dios presente en el ritual. También hace parte de pensar en las debilidades que se han tenido, recordarlas rápidamente para reconocerlas y que puedan ser perdonadas dentro de un acto silencioso de humildad y sometimiento ante la divinidad. La comunidad reconoce su humanidad y su pecado en los demás, el reconocerse pecador en el silencio del otro, hermanos de la iglesia, magnifica la experiencia de perdón que otorga Dios en ese momento; recordando así a Palo Alto al decir que la conducta se deriva de la lectura de la conducta del otro ser humano. Este acto penitencial no reemplaza el sacramento de penitencia, pues es eficaz ante los pecados veniales más no ante los mortales. Posterior al silencio, el sacerdote es quien toma la vocería del principio de la oración y la colectividad le sigue con su voz. Al terminarla el sacerdote oficia unas palabras de absolución de los pecados confesados.

a.4 Señor, ten piedad

Esta oración puede ser acomodada dentro del mismo acto penitencial mediante un canto que entona la comunidad junto al coro respectivo de la iglesia. Cuando se encuentra aparte es una oración más extensa donde el sacerdote enuncia ciertas peticiones y los fieles responden “ten piedad de nosotros”. Esta oración es una fórmula para pedir piedad ante la divinidad, donde los creyentes con humildad invocan la gracia de Dios para que se apiade de sus culpas y no abandone a su suerte a sus súbditos por las faltas cometidas.

a.5 Gloria

Es un himno de honor hacia la divinidad en el cual se da tributo a Dios y a Jesús. La presencia del Espíritu Santo siempre está junto con los fieles, así que el honor a la trinidad siempre acompaña todos los honores rituales que la comunidad se reúne para celebrar. Generalmente se recita por el sacerdote pero en algunos casos algunas partes de la oración son recitadas por la comunidad o por el cantor que se halle presente. Esta oración es una expresión de alabanza y fidelidad, dejando clara la lealtad y la fe ante la divinidad.

a.6 Oración de colecta

Al terminar la solemnidad del himno de “Gloria”, el sacerdote cambia su tono de voz para evidenciar que ahora se encuentra en un momento más elemental donde se reúnen todas las peticiones para la Misa durante dicha celebración. Así se incorporan tanto las peticiones de la comunidad –ya sea ofrecer la misa en honor a difuntos, enfermos, causas especiales– como de la misma iglesia, expresando la fiesta o el santo que se venera durante el día de celebración. La vocería la toma el sacerdote, como persona calificada para guiar este proceso, mientras que la actitud de los fieles es silenciosa pero expectante ante esa suma de postulaciones. Después de las palabras del sacerdote, se hace un momento de silencio, en el que referencialmente las personas pueden mentalmente exponer y reunir sus peticiones personales, ya que es el momento de usar el silencio como exposición de la necesidad propia ante la divinidad. Por ello mismo, esto supone que la divinidad está presente y con cada uno de los fieles para entenderles, así que este silencio también es interpretado como señal de respeto y de conciencia ante Dios, Espíritu Santo y Jesús, que son la trinidad que hace al mismo Dios todopoderoso. El silencio se rompe con la oración de colecta: “Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Tú que vives y reinas con el Padre en la unidad del Espíritu Santo y eres Dios por los siglos de los siglos.” Los creyentes son los que terminan esta oración brindándole la fuerza de la comunidad con un “amén”.

b. Liturgia de la palabra

Para comenzar la liturgia de la palabra, los fieles toman asiento –si es que el lugar lo hace posible- y se disponen en silencio a oír las palabras de Dios consignadas en las Sagradas Escrituras. Hay que prestar atención a la palabra de Dios que va a ser develada a los fieles. El uso de este silencio en este momento se combina con matices de respeto y de expectativa. Nadie más habla que quien está designado para enunciar las palabras de Dios. El fiel adopta un silencio que mediante el aspecto referencial significa la atención consiente de cada una de las palabras a decodificar (por él mismo), mediante su reflexión, que habitan en la Biblia. En este caso la palabra y el silencio juegan de una manera muy recíproca, pues son casi pares en significación e importancia dentro de este juego del lenguaje. La palabra se enuncia codificada por Dios. El silencio permite al creyente reflexionar acerca de la naturaleza significativa de esta palabra y así poder generar un símil dentro de su vida para aplicar la palabra de Dios dentro de su relación actual con el mundo entero.

Mediante la liturgia es Dios mismo quien se hace presente en palabras hablando a sus siervos, descubriéndoles los misterios para su salvación y, ofreciéndoles consuelo y alimento espiritual. La presencia del Espíritu Santo dentro de este silencio de reflexión dentro de este micro juego del lenguaje es el que posibilita y mejora la función de dicho silencio; el Espíritu Santo¹³ es el mediador entre la palabra divina y la comprensión del creyente acerca de la palabra de Dios. Es mediante esa importante intervención espiritual, que en el catolicismo el creyente logra una mejor aprehensión del texto bíblico como codificación de la palabra divina.

b.1 Primera lectura

En general esta lectura es tomada del Antiguo Testamento. En casos especiales como en la Pascua de resurrección, se toma de los libros Hechos de los Apóstoles y del Apocalipsis. Mediante esta lectura, se empieza a disponer a los creyentes para oír, venerar y meditar en la palabra de Dios. La posición corporal de los fieles frente a este micro juego del lenguaje es estar sentados y atentos a la palabra sagrada de Dios, que es recibida con un silencio sacro de aceptación ante dicha verdad y de

¹³. Según la explicación teológica trinitaria en la cual se basa el catolicismo, el Espíritu Santo es una persona divina, que hace parte del mismo Dios –Padre, Hijo y Espíritu Santo conforman un mismo Dios con tres personas distintas y una misma naturaleza divina-. Así se explica cómo la religión cristiana puede tener tres representaciones de Dios con cualidades divinas idénticas y continuar siendo monoteísta. Para el cristianismo este Espíritu es capaz de tocar el alma humana y disponerla hacia su perfeccionamiento, mediante los “dones” que transmite. El catolicismo reconoce siete dones del Espíritu Santo, basándose en la tradición del libro de Isaías: Temor de Dios, sabiduría, entendimiento, consejo, piedad, fortaleza y ciencia. Es por ello que la presencia del Espíritu Santo ayuda a decodificar la palabra de Dios para el creyente, pues al tocar su alma en la reflexión, le brinda sus dones y es para este más sencillo reflexionar las palabras divinas.

recogimiento para la comprensión de la misma. Se empieza citando el Antiguo Testamento, para tener una unidad ante la historia de salvación contada en la Biblia, posteriormente la segunda lectura corresponderá a el Nuevo Testamento, haciéndose presentes en la palabra Dios padre y luego Dios hijo, separando ambas versiones para que el creyente medite en cada palabra divina codificada separadamente. Al término de la primera lectura, se produce un pequeño silencio de meditación ante el contenido enunciado. Por una parte es un silencio de respeto, ha hablado Dios, la divinidad, así que el creyente hace honor con su silencio a la palabra divina que lo conducirá al camino de la salvación. Por otro lado este momento de recogimiento es necesario para que los fieles entiendan el propósito de esa palabra que Dios les ha regalado y lo puedan descifrar y utilizar prácticamente en su vida.

b.2 Salmo responsorial

Esta es una parte muy importante de la Liturgia de la Palabra, pues su importancia pastoral y litúrgica radica en que hace más fácil la meditación de la Palabra de Dios para el creyente. Este salmo se obtiene de un Leccionario que corresponde siempre a la lectura que se realice previamente y, está diseñado para que una parte sea recitada por un el salmista designado y la otra parte sea contestada por la asamblea de creyentes, preferiblemente cantando. Los creyentes sentados, tranquilos y silenciosos escuchan con atención las palabras del salmo y estos salmos les ayudan a completar información acerca de la lectura que han escuchado, con ello se asegura que este micro juego del lenguaje complemente el anterior y además lo potencialice al introducir al creyente en una magia dentro de la palabra –por la repetición y el canto que incita algo mágico dentro del católico- que le permite oír y reflexionar acerca de la palabra de Dios. Este momento corresponde a la oralidad secundaria, toda la magia de la palabra enunciada, siendo experimentada por la introspección de la comunidad letrada.

b.3 Segunda lectura

Esta lectura se toma del Nuevo Testamento y suele ser un fragmento de las epístolas. En los días que corresponden a la semana suele omitirse salvo los días que coincidan con alguna celebración especial eucarística. Este micro juego del lenguaje es gemelo del realizado en la primera lectura, ya que básicamente tiene las mismas reglas de funcionamiento. Es Dios quien habla mediante el sacerdote a los creyentes, quienes con atención, admiración y reflexión oyen sus palabras divinas para tratar de decodificar su mensaje de enseñanza que les sirve tanto de alimento espiritual, como de consuelo ante las tribulaciones mundanas y les brinda consejo para actuar en las diferentes

situaciones de la vida, además es la forma en que el creyente logra la salvación de su alma, siguiendo la ruta trazada por su Señor.

b.4 Aleluya

Este micro juego del lenguaje constituye una glorificación a Dios, antes de que proclame su Evangelio. Es recitado después de la lectura que se lee antes del Evangelio –es decir que entre semana puede ir después de la Primera Lectura y en fin de semana va después de la Segunda Lectura- pero según las especificaciones del tiempo litúrgico, puede ser cambiado por algún canto establecido por la rúbrica. El saludo que se establece en este acto es de alabanza y saludo a Dios que procederá a hablarles mediante el Evangelio, siendo esta la cumbre de toda la Liturgia de la Palabra. Dentro de las reglas establecidas en el ritual católico, el Evangelio ha de ser tributado con veneración y respeto y para ello el Aleluya constituye este preámbulo diplomático para recibir las palabras más importantes de toda la Biblia para el catolicismo.

c. Evangelio

Después de terminada la alabanza con el Aleluya, hay un breve silencio que indica la cúspide de la palabra Divina, es un momento de expectación donde el creyente corporalmente se levanta de su silla dando paso a la apertura de su corazón para que las palabras de salvación de Dios-hijo, que es quien se hará presente en esta parte, toquen su alma y logre entender el mensaje de amor y salvación. Dada la importancia de esta parte, el sacerdote enuncia la fórmula que regula la apertura de este micro juego del lenguaje: “Lectura del Evangelio según San...” (el Evangelio que corresponda). Además simultáneamente, parte de la regla de este micro juego del lenguaje es complementar con la disposición corpórea haciéndose la señal de la cruz, venerando esta parte de la palabra divina o Liturgia con mayor rigurosidad que la palabra expuesta en las anteriores lecturas. También si el tiempo litúrgico y la disposición de los fieles así lo disponen, se puede adornar el momento con incienso, con cirios encendidos y con aclamaciones más alegres por parte de la asamblea. El pueblo al tiempo de la señal de la Cruz, responde: "Gloria a Ti, Señor Jesús" y escucha la palabra de Cristo, con la convicción de que él se encuentra realmente presente entre los celebrantes de la Misa¹⁴. La lectura del Evangelio se escucha de pie, con la señal de honor y veneración más alta ante la palabra divina y con la humildad de quienes desean ganar la redención de sus almas. El silencio se guarda mientras se escucha la lectura y la oralidad secundaria se hace

¹⁴ Esta seguridad de la presencia real de Cristo entre los practicantes del ritual católico, está basada en la afirmación de Cristo consignada en la Biblia que dice : “Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” Mateo 18: 20

aquí presente, pues la introspección de cada una de esas personas al oír la palabra de salvación, magnifica su experiencia mística y toma toda la disposición de grupo solemne y espiritual. La puntuación en esta comunicación es terminar con una aclamación del sacerdote para concluir la lectura diciendo “Palabra del Señor” y la comunidad creyente responde “Gloria a ti, Señor Jesús”.

c.1 Homilía

El propósito de la homilía como parte de la Liturgia, es que sirva para alimentar la vida de los cristianos. De esta prédica se encarga solamente el sacerdote, pues es de suma relevancia para la comunidad, y trata acerca de una explicación que se realiza acerca de las lecturas de la Sagrada Escritura que se han leído durante la celebración del día o respecto a alguna festividad especial del día o de algún acontecimiento importante. Este micro juego del lenguaje es obligatorio únicamente durante los Domingos y las fiestas de guardar pero la reunión de los fieles hace necesaria la explicación de la palabra de Dios, motivo por el cual es recomendado hacer la homilía siempre que la asamblea de creyentes se halle reunida para hacer parte de la misa. Es importante notar cómo dentro de la comunicación de este micro juego del lenguaje, la interacción entre los creyentes y el sacerdote es complementaria, pues la conducta del sacerdote complementa la de los fieles al estar dotado de la potestad eclesiástica y de sus estudios previos en el seminario, que lo envisten de un conocimiento más amplio respecto al catolicismo y a la teología cristiana-católica. El sacerdote siempre conserva su comunicación complementaria mas en este momento preciso resulta más evidente. De igual forma no hay que olvidar que el sacerdote hace parte del rebaño de los hijos de Dios pero puede guiarlos porque siente la vocación y elige este camino como forma de vida. El apoyo espiritual que se brinda con la homilía se trata de ayudar a la comprensión más precisa, de los creyentes, del evangelio y de aclarar cualquier interpretación salida del concepto católico, cosa que el creyente siga en la línea de pensamiento de la iglesia. Además al ser el camino espiritual algo codificado, serán buenas las palabras de revelación que Dios puede brindar a través de su siervo elegido –el sacerdote- para guiar a la asamblea. Los creyentes, atentos y respetuosos con su hermano en Cristo, que les brinda la posibilidad de mayor comprensión, callan atentos para reflexionar nuevamente sobre las abstracciones del sacerdote sobre la palabra de Dios. También este silencio es muestra de subordinación ante el sacerdocio, que implica necesariamente un tipo de comunicación complementaria con los fieles, que los creyentes depositan en la organización jerárquica de la iglesia. El sacerdote y todos los presbíteros siempre serán tratados con honores especiales porque son elegidos por Dios para llevar su palabra y se encuentran investidos por la divinidad para la guianza de las almas hacia la salvación. Al terminar la homilía, se da un espacio de silencio para que

los creyentes tengan un lapso de recogimiento espiritual y dejen actuar con mayor comprensión la Palabra de Dios sobre sus almas.

c.2 Credo

Este micro juego del lenguaje practicado dentro del ritual católico, también es conocido como Símbolo o Profesión de Fe. Con esta fórmula, se pretende reunir a los fieles en torno a la Palabra de Dios pronunciada durante de Liturgia y el Evangelio, y que respondan grupalmente a ella, mediante esta oración que conmemora y declara los misterios de la fe, antes de empezar a celebrarlos en la Eucaristía. El credo puede ser cantado o pronunciado pero la idea es que sea la asamblea junta la que se une para expresarlo. Todos en un encuentro místico grupal declaran su Fe al Dios presente durante la celebración, renovando los votos de fidelidad con la divinidad y la experiencia espiritual es compartida y multiplicada. El Credo puede suprimirse solo en ocasiones muy espaciales que necesiten otro tipo de ritualidad, como por ejemplo al hacerse la Ordenación a uno de los Ministerios, durante la Renovación de Promesas Bautismales o los Juramentos Episcopales, Diaconales o Sacerdotales.

c.3 Oración de los fieles

La oración de los fieles u oración universal, sigue en la misma línea del Credo donde el pueblo reunido responde ante la Palabra de Dios. Ahora, se ejercita el oficio del sacerdocio bautismal, ofreciendo a Dios peticiones y súplicas por la salvación del mundo. La oración hace parte de todas las misas, pues la participación de los creyentes reunidos como asamblea es necesaria para que las reglas de este micro juego del lenguaje cobre mayor sentido y fuerza. Así entonces, la puntuación o reglas de esta fórmula implican que la comunidad congregada pida primero por la Iglesia y sus necesidades; luego por los gobernantes y por el mundo; después por las personas que sufren o padecen dificultades; y finalmente por los apuros locales y propios tanto de los participantes de la misa como de su región o país. Dentro de rituales más específicos como en Confirmaciones, Matrimonios o Exequias, las intenciones en esta oración, pueden ser determinadas de acuerdo al momento y a la necesidad emocional de la celebración. El sacerdote abre la dirección de estas peticiones, pero pueden ser expresadas tanto por el diacono, como por un cantor o lector o incluso un laico. Los creyentes, de pie expresando solemnidad, gravedad y compromiso ante tales peticiones, responden repitiendo la oración de petición, mientras que al final se guarda un silencio para que cada uno exprese sus peticiones más personales e íntimas ante Dios. Este es un momento de intimidad con la divinidad. El creyente expone su vida ante Dios y le muestra las angustias latentes de su existencia. El silencio de todos y la anterior oración potencian el encuentro místico y

solemne que expresa la debilidad humana que pide ayuda a la divinidad para superar sus problemas en la tierra. Dios padre toma su posición de Padre Supremo y atiende las peticiones de sus hijos que se reúnen para que su encuentro sea más fuerte con ese Padre responsable y bondadoso del cual los creyentes tienen la plena convicción que les ayudará con todo, dándoles la sensación de tranquilidad de que todo marchará mejor. Al finalizar la oración de los fieles, el sacerdote dice “Roguemos al Señor” y los creyentes responden a ello “Señor te rogamos”.

d. Liturgia de la Eucaristía

Esta es la parte central de la Misa, el Sacramento de la Eucaristía, motivo por el cual la misa es el ritual más importante y que atraviesa cualquier evento importante en el catolicismo. Para la fe católica es Jesucristo mismo el que se presenta a partir de este momento en las especies eucarísticas –pan y vino- y brinda a los creyentes su Cuerpo, Sangre y Divinidad, evento que se reconoce como transubstanciación. Es el momento de conmemorar la institución de Cristo del sacrificio y banquete pascuales. En el micro juego del lenguaje que se da en la Eucaristía, esta conmemoración se vuelve a hacer presente cuando el sacerdote, representando a Cristo repite sus últimas acciones en la Última Cena. Entonces este micro juego se regula de la misma forma que sucedió la primera vez –haciendo estos eventos redundantes en cada misa como juego del lenguaje- : Cristo toma el pan y el vino, agradece por el alimento, y lo reparte a sus discípulos diciendo “Tomad, comed, bebed; esto es mi Cuerpo; éste es el cáliz de mi Sangre. Haced esto en conmemoración mía”¹⁵. La celebración se puntúa exactamente igual, primero se preparan los dones llevando al altar el pan y el vino con agua, así como Cristo lo tomó en sus manos. En segundo lugar, se hace una Plegaria Eucarística, donde se da gracias a Dios por la obra de salvación y por ello las ofrendas se convierten en el Cuerpo y La Sangre de Cristo, tal como su consagración de estas especies. En último lugar, se reparte el pan y los creyentes reciben la Comunión, alimentándose del cuerpo y la Sangre de Cristo de la misma forma en que los Apóstoles lo recibieron de parte del mismo Cristo.

d.1 Ofertorio

El pan y el vino se traen al altar para que el sacerdote las ofrezca a Dios y para que posteriormente se conviertan en Cuerpo y Sangre de Cristo. Primero el altar es preparado porque es la mesa del Señor, que simboliza el centro de todo el Sacramento Eucarístico, y en él se disponen los elementos

¹⁵ “Instrucción general del Misal Romano” (2007) [en línea], disponible en: http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/ccdds/documents/rc_con_ccdds_doc_20030317_ordinamento-messale_sp.html, recuperado 30 de enero de 2012.

necesarios para que toda esta magia y misterio puedan suceder: se colocan el corporal, el purificador, el misal y el cáliz. Mientras se traen las ofrendas –el pan y el vino– se acompaña este momento con un canto ofertorio. Los creyentes se encuentran expectantes y solemnes. El sacerdote sitúa sobre el altar el pan y el vino y realiza las oraciones pertinentes silenciosamente, agradeciendo a Dios por el alimento divino y representando las acciones del mismo Jesucristo, pidiendo autorización a la divinidad para que todo ese acto sea legitimado por la divinidad que se haya presente allí. Además el sacerdote se expone íntimamente ante Dios para ser digno de conmemorar este sacrificio. Cuando se incluye incienso en esta parte de la misa, dirige el incienso hacia los dones que reposan sobre el altar, luego hacia la cruz y así se llena de significado la ofrenda y el sacrificio que se hace a Dios, pues las oraciones de este momento eucarístico subirán a Dios como el humo del incienso sube a los cielos; después de que el incienso se purifica en el altar, entonces los demás participantes pueden ser bendecidos con dicho incienso. El acto de purificación interior del sacerdote consiste en lavar sus manos hacia el final de este micro juego del lenguaje.

d.2 Oración sobre las ofrendas

La preparación de los dones –pan y vino– concluye su preparación con la invitación que realiza el sacerdote al pronunciar su fórmula donde dice "Oren hermanos para que este sacrificio mío y de ustedes sea agradable a Dios, Padre Todo poderoso" y la asamblea de creyentes responde "el Señor reciba de tus manos, este sacrificio para alabanza y gloria de su Nombre, para nuestro bien y el de toda su Santa Iglesia". Luego se hace una oración sobre las ofrendas para prepararlas hacia su magnífico camino de transustanciación gracias a la Plegaria Eucarística. Toda la comunidad ora para que se potencialice esta comunicación con la divinidad, para que con la fuerza espiritual de todos la transustanciación sea exitosa y proporcione honor y gloria a Dios. Al terminar se santifica este micro juego del lenguaje con las palabras tanto del sacerdote que pronuncia "Por Jesucristo, nuestro Señor". Y los creyentes responden uniéndose a la plegaria "Amén".

d.3 Plegaria eucarística

Este momento es el centro, la cumbre y el elemento más importante de todo el ritual católico. La plegaria eucarística se constituye en "una plegaria de acción de gracias y de consagración"¹⁶. Ahora el sacerdote empieza la repetición del momento bíblico e invita a los creyentes a elevar su corazón

¹⁶ "Instrucción general del Misal Romano" (2007) [en línea], disponible en: http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/ccdds/documents/rc_con_ccdds_doc_20030317_ordinamento-messale_sp.html, recuperado 1 de febrero de 2012.

hacia Dios presente dentro de la congregación, para que la oración –la que el sacerdote dirige en nombre de todos los celebrantes- y la acción de gracias llegue por Jesucristo en el Espíritu Santo, a Dios Padre. Los fieles se unirán con Cristo en un solo cuerpo, reconociendo y honrando a Dios benefactor que además de sus grandezas, les brinda la ofrenda del sacrificio. La Plegaria Eucarística es uno de los momentos más elevados para silencio dentro del catolicismo, pues ese silencio permite la conexión con Dios Salvador, permite la transubstanciación y renueva la espiritualidad del creyente católico.

La plegaria eucarística es un micro juego del lenguaje de tal relevancia, que está regulado muy estrictamente, para que toda la magia que desencadena la palabra y el silencio, sean potenciados y logrados de manera efectiva.

d.3.1 Prefacio. Se trata de un himno en forma de diálogo entre sacerdote y fieles donde se concentra la alabanza y la acción de gracias que corresponde a la fiesta que se lleva a cabo. El sacerdote como vocero del pueblo ante Dios, le rinde tributo, glorificándolo y exaltándolo dando específicas gracias por el evento de salvación de la humanidad. Si coincide la misa con un día de alguna celebración especial, se incluyen en esta parte ese tipo agradecimientos por lo que corresponda. Como se establece un diálogo, la actitud del creyente es de estar atento para dar la apropiada respuesta a lo que se le apela, su silencio corresponde a oír para poder responder la fórmula.

d.3.2 Sanctus. Se continúa con la glorificación de la divinidad mediante un canto “Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo. Llenos están el Cielo y la tierra de tu gloria. Hosanna en el Cielo. Bendito el que viene en nombre del Señor. Hosanna en el Cielo”. Sanctus o Santo, es entonado por toda la congregación –laicos y diáconos-. Esta muestra de reverencia estrecha los canales de comunicación con Dios al demostrar la voluntad espiritual de los creyentes que con fervor invocan su divina presencia.

d.3.3 Epiclesis. A través de fórmulas invocatorias, la Iglesia implora la fortaleza del Espíritu Santo para que los dones presentados –pan y vino- puedan ser aptos para recibir la consagración, convirtiéndose en Sangre y Cuerpo de Cristo que se compartirá entre los creyentes para la salvación de sus almas y para ser uno con Cristo a quien prometen fidelidad al llevarlo siempre dentro su cuerpo. El Espíritu Santo actúa dentro del silencio y gracias al silencio. Las fórmulas de invocación suponen una respuesta divina y es la inmensidad del silencio la que responde brindando la certeza humana de que las especies divinas son aptas para la transubstanciación. La eficacia de la espiritualidad la otorga el silencio, la veracidad de que la magia divina sucede en el plano real sin palabra alguna, sin algo físico que lo demuestre pero que con el silencio y la sensación mística de

que es el Espíritu de Dios quien configura el mundo de tal manera que una simple hostia sea en realidad Cristo que quiere hacer partícipe al creyente del evento de salvación que aconteció miles de años atrás. El creyente queda sin palabras ante este acto y por ello le es preciso callar.

d.3.4 Consagración. Ahora el sacerdote está autorizado a realizar el performance de salvación por esa Epiclesis donde el mismo Espíritu Santo iluminó de santidad todo el acto. El sacerdote usa las mismas palabras y en el exacto orden que Jesucristo las anunció durante su Última Cena. Toma la ostia, que representa el pan, y dice “Este es mi Cuerpo”. Luego toma el vino diciendo “Este es el cáliz de mi Sangre”. Con estas palabras consagra los dones y al estar presentes Padre, Hijo y Espíritu Santo, la substancia del pan y del vino desaparecen –aunque visiblemente queden exactas, en el plano espiritual, en la configuración de mundo del creyente, ahora son el cuerpo y la sangre de Cristo que como regalo se han convertido en el presente para hacerles parte del banquete divino y de salvación- transformándose en el Cuerpo y la Sangre de Cristo que él brindó en su Última Cena como forma de aceptar la salvación. Además significan el compromiso con la adoración de la divinidad, de seguir una ruta en el camino para ser guiado espiritualmente en Cristo. Los creyentes permanecen de rodillas y en silencio, siendo testigos de la magia y la maravilla que se produce dentro del lugar sagrado. Ha sido Dios por medio del Espíritu Santo, que actuando en el silencio ha traspasado la naturaleza de salvación de Cristo, en alimento que pueda ser consumido por los hombres. Es el silencio el que certifica esa transubstanciación, la reverencia general y absoluta de los creyentes y del sacerdote. El creyente experimenta a Cristo presente en el silencio y por ese mismo temor, amor y respeto que le profesa, guarda silencio y está de rodillas, en señal de sumisión, de abandono de voluntad y de agradecimiento ante tal magnitud en el evento que presencia.

d.3.5 Anámnesis e Intercesiones. El silencio se rompe por parte del sacerdote y se prosigue con una oración eucarística que recuerda algunos de los misterios de la vida de Jesucristo. Se conmemoran también a la Virgen María y a los Santos, según correspondan por las fechas especificadas. Se realizan peticiones por la Iglesia y su estructura jerárquica. También se hacen peticiones especiales por los difuntos. En la Anámnesis, la iglesia cumple el mandato recibido del mismo Cristo que llegó desde los Apóstoles, conmemorando a Cristo y a su sacrificio, renovando su pasión y especialmente su resurrección que le permitió la ascensión al cielo. Entonces se produce la Oblación, donde la Iglesia, especialmente la celebrante, ofrece en ese acto ritual y memorial al Padre en el Espíritu Santo a la víctima inmaculada. Se renueva así no solo el pacto de salvación con Dios, sino que los creyentes se ofrecen a sí mismos junto a la víctima inmaculada, para que este sacrificio propio y espiritual pueda retroalimentarse con un perfeccionamiento, mediante Cristo, y pueda establecerse unidad con Dios para ser parte de su grandeza. Las Intercesiones expresan cómo la Eucaristía es un ritual

que se celebra en comunión con toda la iglesia, tanto la que compete al plano celeste como la que se ubica en el área terrestre.

d.3.6 Doxología final. Se declara la glorificación de Dios, que se concluye y se afirma con la aclamación de los creyentes al pronunciar su Amén. El sacerdote eleva el Cuerpo y la Sangre de Cristo y exclama “Por Cristo, con Él y en Él, a Ti Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos” Los creyentes sabiendo las reglas del juego de este micro juego del lenguaje, responden como han sido adiestrados a hacerlo, “Amén”.

d.4 Rito de comunión

El convite pascual que supone la eucaristía indica que como lo estipuló Cristo, su Cuerpo y su Sangre sean consumidas por los creyentes dispuestos a hacerlo, para que puedan recibir a Cristo en sus cuerpos, en sus vidas y queden ligados al cuerpo conformado por toda la iglesia católica y encabezado por Jesucristo. Así, recibir el alimento de salvación significa ser parte de una fe profesada y de unas normas mediante las que se rige esta fe. Todo este gran juego del lenguaje que estructura la misa tiene un motivo de preparación para este preciso momento de comunión-cuando el fiel tomará el Cuerpo y la Sangre de Cristo- en el cual debe estar dispuesto corporalmente, simbólicamente y espiritualmente; después de todo el proceso ritual, el católico está listo para realmente encontrarse con la divinidad y ser parte de ese gran Dios gracias a su iglesia.

Dentro del micro juego del lenguaje que se produce dentro de la comunión, hay un orden o reglas específicas que deben seguirse.

d.4.1 Padre Nuestro. El sacerdote hace una exhortación de la bondad de Dios Padre, que lleno de misericordia, desea que sus hijos-los creyentes- hagan parte de su Reino de Justicia. Entonces al expresar “Fieles a la recomendación del salvador”, los creyentes deben orar por el pan de cada día -refiriéndose especialmente al pan eucarístico-, por el perdón de los pecados y por la protección del mal. El sacerdote toma la iniciativa con la oración y toda la asamblea lo sigue. La fórmula utilizada en esta parte es el Padre Nuestro, ya sea cantado o recitado. Lo importante es la unión de todos los creyentes en torno a la divinidad, lo cual potencia la efectividad de la oración y establece con más fuerza la respuesta divina, que aunque dada en silencio por Dios, el creyente sabe interpretar y sentir.

d.4.2 Rito de la Paz. El sacerdote pronuncia la oración “Señor Jesucristo, que dijiste a tus apóstoles, mi paz os dejo, mi paz os doy...” invitando a los creyentes a que se den la paz entre

sí, porque ya han recorrido un largo camino dentro del ritual y espiritualmente ya están preparados para compartir la paz que produce la conexión con Dios y meditación en él. Además, la iglesia de esta forma pretende rogar por la paz y la unidad dentro de sí misma, y que ello se extienda a las familias y a la nación. Los creyentes comparten su experiencia mística con los demás y establecen una hermandad tanto dentro del juego del lenguaje que es la Misa, como dentro de la configuración de mundo, donde el otro católico es hermano. Los fieles preparan el corazón para tenerlo libre al momento de la comunión.

d.4.3 Fracción del pan. Se procede a partir el pan eucarístico.

“El gesto de la fracción del Pan realizado por Cristo en la Última Cena, que en el tiempo apostólico designó a toda la acción eucarística, significa que los fieles siendo muchos, en la Comunión de un solo Pan de vida, que es Cristo muerto y resucitado para la salvación del mundo, forman un solo cuerpo (1Co 10, 17).”¹⁷

El sacerdote con solemnidad y silencio fracciona el Cuerpo de Cristo y deposita una parte de la hostia dentro del cáliz para simbolizar la unidad del Cuerpo y la Sangre de Dios Salvador. Los creyentes expectantes y maravillados por la teatralidad del momento –pues el sacerdote es cuidadoso con la fracción de la hostia porque ya está configurada como el cuerpo divino y la está manipulando delante del mismo Dios presente y de sus hermanos reunidos en torno a este convite pascual- en silencio se preparan para recibir el pacto con Dios Padre y Dios hijo de salvación. A estas alturas su silencio implica un alma aquietada por los cantos, por oír la palabra de Dios, por pedir perdón por sus pecados, por invocar la protección de Dios y por meditar con la ayuda del Espíritu Santo. El silencio dentro de los creyentes ahora es tranquilidad, paciente espera del encuentro culmen entre la divinidad y la humanidad que finalmente tendrá una expresión física de unidad.

d.4.4 Cordero de Dios. El sacerdote eleva la hostia diciendo "Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Dichosos los invitados a la cena del Señor". La respuesta de la asamblea reunida es "Señor, no soy digno (a) de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme". Esta forma de consagración revela la humildad y la obediencia con la que el creyente expresa su espiritualidad. Los fieles se abandonan en Dios, confiando enteramente en su voluntad. Todos sellan con estas palabras el pacto de que es efectivamente el Cuerpo de

¹⁷ “Instrucción general del Misal Romano” (2007) [en línea], disponible en: http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/ccdds/documents/rc_con_ccdds_doc_20030317_ordinamento-messale_sp.html, recuperado 3de febrero de 2012.

Cristo ante el que están y que este sirve para unificarlos en un solo cuerpo, como el cuerpo del señor.

d.4.5 Comunión. Es hora de recibir al Señor en el corazón y en la vida, afirmando el pacto que se tiene con él. Los creyentes ya están preparados para recibir la Comunión. Para este fin -tomar la comunión- los fieles estrictamente deberían haberse confesado, haber ayunado y no tener ningún pecado mortal; pero esto cada vez es menos riguroso y lo importante es que el creyente tenga dispuesto su corazón y su alma para recibir a Dios dentro de sí. El sacerdote se prepara a sí mismo mediante una oración secreta que le permite recibir el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Los creyentes hacen lo mismo, se toman algunos segundos de silencio para acercarse a Dios antes de tomar el cuerpo y la sangre del Señor. Este silencio los consagra a Dios y permite que el Espíritu Santo se presente, entregando sus dones para que sean dignos de tomar al Señor dentro de sí. Después, el sacerdote muestra el pan eucarístico y el cáliz e invita a la comunidad al banquete cristiano. Conjuntamente –laicos y clérigos- usan palabras que denotan la humildad en la que se encuentran ante la divinidad. El silencio de expectación se mantiene. El sacerdote en silencio toma la comunión. Cuando ha terminado, empieza el canto de comunión, pues ante la solemnidad del momento, aunque los creyentes se encuentren en silencio, el canto es de alabanza al Señor por los dones y misterios que brindará a sus hijos que comulgan, quienes experimentan místicamente en comunidad una unidad en Cristo. El sacerdote suministra a los creyentes la sangre y el cuerpo de Cristo. Cada creyente al recibir su banquete pascual, vuelve a su lugar en silencio, meditativo, pues un resplandor espiritual está aconteciendo dentro de sí mismo. Suele tomarse un momento de silencio al terminar la impartición de la comunión, para que cada creyente examine cómo actual el alimento espiritual que acaba de recibir. Este silencio comunitario magnifica la experiencia de sacralidad. Está Dios presente entre todas esas almas comprometidas con el Reino del Señor. Finalmente, el sacerdote pronuncia la fórmula de oración para después de la Comunión, que consiste en una súplica por los frutos del misterio en el que se ha celebrado y compartido. La conclusión de la comunión sucede cuando el sacerdote exclama “Por Jesucristo, nuestro Señor.” Y la asamblea responde amén.

d.4.6 Purificación de los vasos. Al terminar de brindar la Comunión a los creyentes, el sacerdote purifica los elementos utilizados durante la Misa y los guarda dentro del sagrario. Esta labor la realiza en silencio, demostrando la obediencia de un siervo de Dios.

e. Ritos de despedida

Antes de dar la bendición, se dan algunos avisos para los fieles que competen a eventos locales o cuestiones particulares. La bendición final sucede cuando el sacerdote despide a los creyentes “En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”. El diácono besa el altar y luego de una sentida y silenciosa inclinación de respeto ante ese Dios majestuoso que permitió que su iglesia se reuniera en torno a él y que permitió que sus hijos tomaran parte de él, concluye la eucaristía. Los fieles salen ungidos de Dios, en paz con el mundo, sabiendo que todos los sucesos de su vida tendrán un mejor desenlace por la intermediación de Dios. La significación que los creyentes hacen del mundo luego de la misa es de alegría. El silencio ahora es espiritual, los ánimos están calmados y cualquier problema está mediado por la potente conexión que se estableció con Dios durante la misa. Después de todo este proceso de encuentro con el Señor, el creyente tiene la plena seguridad de que va protegido por Dios Padre que le ha dado la salvación gracias a Dios Hijo y que lo mantendrá alejado del mal gracias al Espíritu Santo. El creyente sabe que Dios obrará en su vida en silencio, sutilmente. Además tendrá la certeza de que siempre que quiera tener comunicación con Dios, podrá buscarlo dentro del silencio de su corazón y allí encontrará a Dios.

CONCLUSIONES

Para adentrarme en el tema del silencio y su significación en la religión católica, tuve que sortear una serie de obstáculos para lograr abordar el tema definido y encontrar una convergencia entre dos temas que resultasen apasionantes y coherentes entre sí. En primer lugar, el silencio es un campo que puede explorarse desde diferentes perspectivas y que se presta para diversas significaciones según el contexto en el que opere. Así, la elección de ese contexto en el que el silencio participaría, la religión y específicamente la católica, surgió de un gusto propio por el tema espiritual y religioso, que además confiere a la solemnidad del silencio una característica elevada dentro de su mismo ejercicio en la naturaleza humana.

Con el silencio enmarcado dentro de la necesidad espiritual respondida mediante el catolicismo, es preciso plantearse las teorías que acompañarían este recorrido que resulta complejo de emprender. Las teorías definen las relaciones de las cuales se partirá y por ende trazarán el camino de lo que se concluirá, momento en el que mi asesor fue de gran importancia para el trabajo de grado, pues su arduo conocimiento en el asunto, permitió solidificar la parte teórica junto con mis conocimientos adquiridos durante mi época de estudios.

La Escuela de Palo Alto fue necesaria para evidenciar la relación del silencio con la comunicación, pues con una aproximación ligera, puede pasarse por alto su grado de importancia para la articulación y posibilitación de lo comunicativo. Luego Wittgenstein fortalece y profundiza a Palo Alto, dando una dirección hacia lo real al introducir el término juego del lenguaje, interviniendo el ámbito religioso con una naturalidad propia que logra establecer la relación entre elementos dentro de un juego y de esa forma se conforman y dilucidan las significaciones. Con estas bases claras, se puede percibir a la religión católica como una forma de vivir y de relacionarse con el mundo, lo que otorga una pauta para establecer significación a todo lo que rodea al ser humano católico y que lo diferencia y contrasta frente a otras posibilidades de vivir el mundo respecto a otros parámetros religiosos.

Es por ello, que luego de planear las teorías y teniendo clara la situación desde la que se enfrenta el creyente católico, partiendo de un juego regulado que establece relaciones de significación, pude empezar a establecer una dimensión para tratar el tema. Empecé por lo más amplio, al instituir lo que ocurre con el creyente desde el momento en el que empieza a creer, esto para llegar al lugar de partida del juego del lenguaje religioso universal que sitúa y absorbe al creyente situándolo desde una parte del mundo y brindándole un sesgo a su visión.

La introducción dentro de la tesis del acápite “Palabra y silencio” corresponde a mi necesidad de responder desde el principio la relación entre lenguaje y silencio, yendo a sus más incipientes convergencias para así lograr constituir con plena claridad las funciones más complejas del silencio y ligar lo más primario del lenguaje con lo más estructurado de este mismo lenguaje que cambia y evoluciona cada día con la humanidad y sus diferentes tecnologías.

Entonces, a partir de esta claridad evolutiva del silencio con el ser humano, proseguí con claridad hacia la relación del ritual como elemento fundamental al ámbito humano y su estrecha relación con el silencio. Esta relación, enmarcada en el mundo del creyente clarifica la pauta para introducirme en el tema católico, con la respectiva dirección que conceptualiza sus rituales.

Finalmente, explícitamente se da el encuentro con lo católico. Se hace necesario, partir por los principios del catolicismo como religión porque es la pauta para entender la dinámica que regula al catolicismo como juego del lenguaje y luego establecer significaciones tácitas de los elementos que le componen. Partiendo de sus reglas generales que han configurado los actos y los momentos puedo acercarme al lugar litúrgico, preponderante por su simbología, y establecer las relaciones que ahí se producen, pues está cargado de silencio y de alegorías que traspasan la fe del creyente y que le generan conductas específicas que le afectan de determinada forma, de manera que el silencio se concreta en dimensiones de significación y funciones comunicativas.

Para alcanzar la cumbre de la función comunicativa del silencio dentro del ritual católico, fue necesario realizar un detallado recorrido por la misa católica que concentra el alma y la esencia de la creencia católica y que constituye el ritual por excelencia que puede evidenciar con efectividad la función de cualquiera de los elementos que componen el catolicismo. Elegir a la misa implicó investigarla a fondo y participar en diversas ocasiones de ella, para comprender cómo su componente ritual atraviesa cualquier otra forma de ritual en el catolicismo y concentra la devoción cristiano-católica de una forma universal en su expresión.

Durante este recorrido por el misal católico y siendo testigo de los momentos que se reúnen dentro del juego del lenguaje católico, aparecen entonces los llamados “micro juegos del lenguaje”, contextualizados dentro de este juego del lenguaje mayor -que es el juego del lenguaje católico-, que en sí mismos juegan con subcategorías y reglas de juego del lenguaje porque se estructuran en su pequeña mecánica para diferenciarse de otros micro juegos del lenguaje y significar con ayuda de ellos diferentes cuestiones correspondientes al mismo catolicismo, siendo importantísimos de descifrar para diferenciar las funciones comunicativas del silencio dentro del ritual católico.

Dentro de los micro juegos del lenguaje que conservan la relación con los demás micro juegos del lenguaje y su gran entorno católico, se establecen relaciones del silencio con los demás elementos que componen el ritual. Además se abordaron desde las teorías, de Palo alto y Wittgenstein, las funciones comunicativas que desarrolla el silencio en cada momento. Con grata sorpresa descubrí que la tipología de silencios es amplia y que incluso en un mismo momento o micro juego del lenguaje se pueden estar viviendo varios tipos de funciones comunicativas del silencio, sin que ello complique en algo la dinámica del ritual.

Queda la satisfacción de lograr establecer desde esta perspectiva las funciones comunicativas del silencio dentro del ritual católico y específicamente desde la misa. Así, esta tesis puede ser la base para estudios posteriores sobre otros temas del lenguaje católico o sobre el silencio.

Es claro que si se introduce o acompaña con más autores o diferentes teorías, el resultado puede tomar múltiples direcciones y ampliarse estratégicamente según lo indique el tema o las inquietudes de quien se lo proponga. De igual manera este trabajo queda como una base para apoyar futuras sospechas y dudas que toquen el tema.

Para dar al lector una reunión completa de funciones comunicativas del silencio dentro del ritual católico, le relaciono las más grandes y concretas conclusiones de este trabajo:

-La conducta de los seres humanos tiene una gran influencia sobre la de los demás y por ello la experiencia colectiva del catolicismo potencia la relación y el encuentro con Dios.

-La relación entre seres humanos parte de los diferentes juegos del lenguaje que se tejen, y el catolicismo establece las coordenadas para vivir la espiritualidad en compañía.

-La conmemoración es la forma en que el catolicismo mantiene vigente el juego del lenguaje religioso mediante su juego del lenguaje ritual.

-Dentro del juego del lenguaje religioso, la palabra y el silencio son complementarios y se necesitan mutuamente para crear significado.

-Cuando el lenguaje no es suficiente para dar cuenta de lo inexplicable, el silencio interviene para que el ser humano pueda experimentar e interactuar con lo inexplicable.

-La experiencia espiritual mediante el silencio en grupo magnifica toda la conexión mística del catolicismo.

-La verdadera exploración de lo sagrado se encuentra en el silencio. El ambiente silencioso es necesario para hacer silencio interno donde se produce el encuentro con la divinidad.

-El silencio permite que Dios opere en la vida del creyente de innumerables maneras, así que el silencio es la mejor forma de expresión de Dios en el mundo.

-El silencio divino complementa el principio de mediación y de sacralidad católica, porque Dios está disponible y actúa a través de toda realidad mediante causas secundarias y no directamente.

-Las diferentes funciones comunicativas del silencio dentro del ritual católico son:

1. Silencio de reflexión.
2. Silencio de meditación.
3. Silencio de retroalimentación.
4. Silencio de contemplación.
5. Silencio de comunicación espiritual con Dios.
6. Silencio de subordinación a Dios.
7. Silencio de respeto en la comunidad.
8. Silencio de subordinación al sacerdote (de acuerdo a la comunicación complementaria que se establece con él).
9. Silencio de complementación de las fórmulas que permiten la invocación de Dios.
10. Silencio de admisión de faltas.
11. Silencio de exposición de la necesidad propia ante la divinidad.
12. Silencio de disposición para la recepción de la palabra sagrada.
13. Silencio de encuentro con la divinidad.
14. Silencio que permite la transustanciación.

De esta manera, concluyo este trabajo que espera extender la vía de relación entre el lenguaje, el silencio y la religión. En la comunicación las posibilidades de relación son infinitas y dependen del contexto o juego del lenguaje para que se desprendan ciertas funciones que desencadenan significaciones que sobrepasan el mundo.

Ahora vale la pena quedarse un momento en silencio, comprendiendo su función comunicativa, para que a través de su significación se logre la comunicación con Dios.

BIBLIOGRAFÍA.

Arregui, J. (1984), *Acción y sentido en Wittgenstein*, Barañain- Pamplona, Eunsa.

Barrett, C. (1994), *Ética y creencia religiosa en Wittgenstein*, Madrid, Alianza Universidad.

Biblia (2001), Colombia, Panamericana Formas e Impresos S.A.

“Believe, So we Live” [en línea], disponible en: <http://www.catholic.org/hf/faith/story.php?id=39029>, recuperado: 19 de octubre de 2011.

Duch, L. (2001), *Antropología de la religión*, Barcelona, Herder.

Fournier, Keith (2010). “Lex Orandi, Lex Credendi, Lex Vivendi. As we Worship, So we

“Instrucción general del Misal Romano” (2007) [en línea], disponible en:

http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/ccdds/documents/rc_con_ccdds_doc_20030317_ordinamento-messale_sp.html, recuperado 30 de enero de 2012.

Kenny, A. (1995), *Wittgenstein*, Madrid, Alianza Universidad.

“Los sacramentales” (2011) [en línea], disponible en:

<http://es.catholic.net/conocetufe/365/827/articulo.php?id=8470>, recuperado 1 de noviembre de 2011.

Lyotard, J. (1987), *La condición posmoderna. Informe sobre el saber*, Madrid, Cátedra.

McLuhan, M. (1972), *La Galaxia Gutenberg*, Madrid, Aguilar.

Meléndez, R. (1998), *Verdad sin fundamentos. Una indagación acerca del concepto de verdad a la luz de la filosofía de Wittgenstein*, Colombia, Ministerio de Cultura.

“Misa” (2011) [en línea], disponible en: <http://es.wikipedia.org/wiki/Misa#Fines>, recuperado octubre 29 de 2011.

Montiglio, S. (2000), *Silence in the land of Logos*, New Jersey, Princeton University Press.

Morrill, B.; Ziegler, J. y Rodgers, S. (Edits.), (2006), *Practicing Catholic. Ritual, Body and Contestation in Catholic Faith*, New York, Palgrave MacMillan.

Ong, W. (2006), *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*, Buenos Aires, Fondo de cultura económica.

“Sacramentalidad: categoría hermenéutica eclesiológica” (2005) [en línea], disponible en: <http://www.mercaba.org/DicEC/S/sacramentalidad.htm>, recuperado octubre 21 de 2011.

Scholem, G. (1978), *La cábala y su simbolismo*, Madrid, Siglo Veintiuno.

Sim, S. (2007), *Manifesto for Silence. Confronting the Politics and Culture of Noise*, Edinburgh, Edinburgh University Press.

Steiner, G. (1982), *Lenguaje y silencio. Ensayos sobre la literatura, el lenguaje y lo inhumano*, Barcelona, Gedisa.

Stout, D. (edit.), (2006), *Encyclopedia of religion, communication, and media*, New York, Routledge.

Watzlawick, P; Beavin Bavelas, J y Jackson, D.D, (1997). *Teoría de la comunicación humana. Interacciones, patologías y paradojas*, Barcelona, Heder.

Wittgenstein L. (1999), *Investigaciones Filosóficas*. Barcelona, Altaya.